

206/1

# HORA DE ESPAÑA

REVISTA MENSUAL

VII

## SUMARIO:

ENSAYOS DE ANTONIO MACHADO, ROSA CHACEL, A. SERRANO  
PLAÑA Y VICENTE ALEIXANDRE. POEMAS DE VICENTE  
HUIDOBRO, E. PRADOS Y L. VARELA. NOTAS DE MARIA ZAM-  
BRANO, CORPUS BARGA, A. SÁNCHEZ BARBUDO Y R. GAYA.  
POEMAS CATALANES, POR PERE QUART Y C. A. JORDANA.



*Vinetas de Ramón Gaya.*

*Valencia, Julio, 1937.*





HORA  
DE  
ESPAÑA

*Tipografía Moderna, Avellanas, 9 - Teléfono 11062 - Valencia.*



ENSAYOS  
POESIA  
CRITICA



*AL SERVICIO  
DE LA CAUSA POPULAR*



# EL II CONGRESO

## INTERNACIONAL DE ESCRITORES

En el Pleno que en junio de 1936 celebró la Asociación Internacional de Escritores para Defensa de la Cultura, nuestros delegados José Bergamín y Ricardo Baeza, propusieron que fuera España el lugar donde se celebrase el II Congreso Internacional de la Asociación. Aceptada unánimemente esta sugerencia, se señaló la fecha de febrero de 1937 y se escogió, entonces como lugar Madrid. A mediados de octubre de 1936, la Alianza de Intelectuales Antifascistas recibió un telegrama, que publicó la Prensa, firmado por Romain Rolland, Henrich Mann, Malraux, etc., recordando la celebración de este Congreso. En toda Francia fué reproducido este telegrama y en forma de cartel pegado por las paredes.

En el mes de enero la Alianza celebró una Asamblea y comprendiendo que, dado el carácter de nuestra lucha, ahora más que nunca era España el lugar apropiado para discutir los problemas que los intelectuales tienen planteados, ofreció de nuevo el territorio de la España leal para la celebración del II Congreso Internacional de Escritores.

En estos días primeros de julio va a celebrarse dicho Congreso en Valencia, Madrid y Barcelona, y por su carácter, por las circunstancias especiales que concurren hoy en nuestra Patria, y por las altas personalidades que han de acudir a él, ha de tener sin duda excepcional importancia.

En HORA DE ESPAÑA se ha de dar una amplia referencia del Congreso y la reproducción íntegra de muchos discursos. Pero

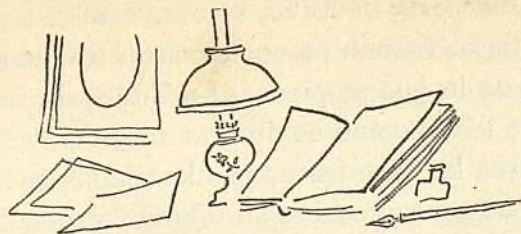


ahora, en vísperas del acontecimiento, sólo queremos saludar a los escritores de todo el mundo que llegan a nuestro suelo, pisoteado y herido por la barbarie del fascismo internacional. Queremos señalar que el más alto pensamiento, el más claro, el más humano, está a nuestro lado, está con nosotros. Y decir, a los que aún lo ignoran, que esta fe en la justicia y hondura de nuestra causa, esta certidumbre que tenemos todos los españoles, que tiene todo el verdadero pueblo español, de que al luchar por su propia libertad lucha también por la libertad del hombre, por la libertad del pensamiento, por la libertad del mundo entero, es para nosotros el mayor acicate en la pelea y la base en que fundamentamos nuestra gran esperanza en la victoria. Todos los pueblos, todos los mejores intelectuales están hoy con nosotros. Al llegar a nuestra España los saludamos con pesar, pero también con alegría por lo que esperamos.

¡Que vean de cerca, que sientan nuestra España! Ellos han de hablarnos, y el pueblo español, que ha respondido bravamente a la provocación fascista, que lucha por su independencia, por la cultura, sabrá oírlos, sabrá entenderlos; los entiende ya por el hecho solo de que vengan hoy aquí a España, con un gesto de magnífica solidaridad.

Ellos han de hablarnos, y la queja de nuestra tierra destrozada e invadida, la voz de tanta sangre derramada por culpa de unos miserables, ha de hablarles a ellos también muy íntimamente, afirmándolos más, si cabe, en su honesta y gallarda actitud de simpatía al pueblo español, a la República española. Y si observan luego la magnífica moral y disciplina de nuestro Ejército Popular, crecerá en ellos la confianza en el triunfo definitivo, en nuestro triunfo, que ha de ser el triunfo de toda la Humanidad progresiva.





# *HABLA* JUAN DE MAIRENA A SUS ALUMNOS

## SOBRE LAS CREENCIAS

Sería conveniente—habla Juan de Mairena a sus alumnos—que el hombre más o menos occidental de nuestros días, ese hombre al margen de todas las iglesias—o incluido sin fe en alguna de ellas—que ha vuelto la espalda a determinados dogmas, intentase una profunda investigación de sus creencias últimas. Porque todos—sin excluir a los herejes, coleccionistas de excomuniones, etc.—, creemos en algo, y es este algo, a fin de cuentas, lo que pudiera explicar el sentido total de nuestra conducta. Sin una *pura investigación de las creencias*, que sólo puede encomendarse a los escépticos propiamente dichos, carecemos de una norma medianamente segura para juzgar los hechos más esenciales de la historia.

\*

Los idealistas, más o menos rezagados—el rezago no implica apartamiento de la verdad, sino de la moda—creen en el



espíritu como resorte decisivo, supremo imán o primer impulsor de la historia. Es una creencia como otra cualquiera, y más generalizada de lo que se piensa. La Biblia de estos hombres—no siempre leída, como es destino ineluctable de todas las Biblias—abarca las metafísicas postkantianas que culminan en Hegel y que hoy, no obstante su relativo descrédito, influyen poderosamente, hasta infiltrarse en la retórica de las multitudes. Frente a esta legión de románticos, milita la hueste de los que pudiéramos llamar, aunque no con mucha precisión, *realistas*, de los que creen que la vida social y la historia se mueven por impulsos ciegos (intereses económicos, apetitos materiales, etcétera), con independencia de toda espiritualidad. Es otra creencia enormemente generalizada, que ha llegado a determinar corrientes populares, o, como bárbaramente se dice, movimientos de masas humanas. La Biblia de estos hombres abarca, entre otras cosas, la filosofía de la izquierda hegeliana—la línea que desciende de Hegel a Marx y a su compadre Engels—, y a cuantos profesan, con más o menos restricciones, el llamado *materialismo histórico*. Los unos y los otros—idealistas y realistas—se mueven *con* sus creencias, siempre en compañía de sus creencias. ¿Se mueven *por* ellas, como pensaba mi maestro Abel Martín? He aquí lo que convendría averiguar.

\*

*Nota Bene.* No faltan, ciertamente, quienes después de haber decretado la absoluta incapacidad de los factores reales para dar un sentido a la vida humana, y la no menos absoluta inania de las ideas para influir dinámicamente en los factores reales, piensen que, unidos los unos a las otras, se obtiene un resultado integral positivo, para la marcha de la historia. Como si dijéramos: el carro que un percherón no logra llevar



a ninguna parte camina como sobre rieles si, unido al percherón, se le unce la sombra de un hipógrifo. Son síntesis a la alemana que nosotros, los pobres iberos, no acertaremos nunca a realizar.

\*

Alguien preguntó a Mairena: ¿por qué han de ser los escépticos los encargados de investigar nuestras creencias? Respondió Mairena: nuestras creencias últimas, a las cuales mi maestro y yo nos referimos, no son, no pueden ser aquellos ídolos de nuestro pensamiento que procuramos poner a salvo de la crítica, mucho menos las mentiras averiguadas que conservamos por motivos sentimentales o de utilidad política, social, etc., sino el resultado, mejor diré los residuos de los más profundos análisis de nuestra conciencia. Se obtienen por una actividad escéptica honda y honradamente inquisitiva que todo hombre puede realizar—quién más, quién menos—a lo largo de su vida. La buena fe, que no es la fe ingenua anterior a toda reflexión, ni mucho menos la de los pragmatistas, siempre hipócrita, es el resultado del escepticismo, de la franca y sincera rebusca de la verdad. Cuanto subsiste, si algo subsiste, tras el análisis exhaustivo o que pretende serlo, de la razón, nos descubre esa zona de lo fatal a que el hombre de algún modo presta su asentimiento. Es la zona de la creencia, luminosa u opaca—tan creencia es el sí como el no—donde habría que buscar, según mi maestro, el imán de nuestra conducta.

\*

#### SOBRE EL PACIFISMO

Si yo creyera que había venido a este mundo a pelear; que todo en esta vida, esencialmente batallona, nos era concedido a título de botín de guerra, yo no sería pacifista. Porque



carezco de convicciones polémicas, y porque sospecho que lo específicamente humano es la aspiración a substraerse de algún modo al *bellum omnium contra omnes*, me inclino a militar entre los partidarios y defensores de la paz. Pero cuál sea mi posición personal ante esta grave cuestión, que acaso divida al mundo en días no lejanos, importa poco. Importa mucho, en cambio, que reparéis en esto: *superbundan* en nuestro mundo occidental las convicciones bélicas, de aquellos para quienes el templo de Jano nunca debería cerrarse. Para estos hombres, la cultura misma es, fundamentalmente, polémica: arte de agredir y de defenderse. Bajo el dogma goethiano—*en el principio era la acción*—en el clima activista de nuestra vieja Europa—la continental y la británica—y de Norteamérica, el concepto de lucha, como actividad vital ineclutable y, al par, como instrumento de selección y de progreso, medra hasta convertirse en ídolo de las multitudes. Interpretaciones más o menos correctas o fantásticas del *struggle-for-life* darwiniano, que llevan, no obstante, el auténtico impulso polémico de un gran pueblo de presa, han hecho demasiada suerte en el mundo. Y es muy difícil que tantos hombres cargados de razones polémicas, convencidos—¿hasta qué punto?—de que sólo hay buenos motivos para pelear, puedan contribuir de algún modo a evitar una futura conflagración universal. Organizaciones pacifistas, *ligas pro paz*, etc., en un ambiente de belicosos y beligerantes, son pompas de jabón que rompe el viento; porque los mismos hombres que militan en ellas están ganados por el enemigo, son conciencias vencidas que prestan su más hondo asentimiento a la fatalidad de la guerra. Y la verdad es que estas mismas instituciones apenas si tienen de pacifistas más que el nombre; son, cuando más, ligas entre matones que se unen para espiarse, y que apenas si actúan como no sea con



ánimo de acelerar la ruina o el exterminio de los débiles. Sin que germine, o se restaure, una forma de conciencia religiosa de sentido amoroso; sin una metafísica de la paz, como la intentada por mi maestro, que nos lleve a una total idea del mundo esencialmente armónica, y en la cual los supremos valores se revelen en la contemplación, y de ningún modo sean un producto de actividades cinéticas; sin una ciencia positiva que no acepte como verdad averiguada la virtud del asesinato para el mejoramiento de la especie humana, ¿creéis que hay motivo alguno que nos obligue a ser pacifistas? Adrede os hago esta pregunta en la forma menos ventajosa para mi tesis. Tan persuadido estoy de la superabundancia de mis razones.

## OLA DE CINISMO

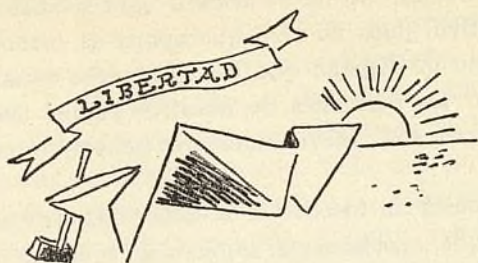
Una ola gigantesca de cinismo amenaza al mundo entero. Por cinismo entiendo, en este caso, inclinándome a uno de los sentidos etimológicos que se asigna a la palabra cínico (de *kyón*, *kynós*, perro) una cierta fe en que la animalidad humana, el llamado estado de naturaleza, contiene virtudes más auténticas que los valores culturales, una cierta rebelión de la elementalidad contra la cultura, que adopta formas muy diversas. La pugna es muy antigua y se recrudece en el declive de muchas civilizaciones. En pleno *Iluminismo*, el cínico Rousseau, aquel *enfant de la nature* inicia el romanticismo y, consiguientemente, una cultura romántica al rebelarse contra una cultura clásica—quiero decir lastrada en demasía de razón y de inteligencia—, abogando por los fueros de la sentimentalidad. El cinismo actual milita contra Rousseau, en cuanto se rebela contra la cultura romántica, que había desmesurado a la razón por influjo del sentimiento y creado lo que durante todo



el siglo XIX hemos estado llamando ideales; y está con Rousseau, el inmortal ginebrino, en cuanto sigue siendo *cinismo*, es decir, fe en la elementabilidad como fuente de los valores humanos mas verídicos. El cinismo actual se llama, con mayor o menor precisión, *interpretación materialista de la historia*. La obra de un judío alemán, ingente rama desprendida del árbol de Hegel, lo representa en nuestros días. Carlos Marx, conserva su fe hegeliana en un proceso evolutivo de lo absoluto, y aun el esquema lógico del maestro, injertos en otra fe cínica que hubiera aprobado el viejo Antístenes: no son factores ideales, sino económicos, en última instancia, las necesidades de la animalia humana, los agentes determinantes de la historia. El marxismo invadirá el mundo. ¿Es una ola de cinismo? Sin duda. Pero entendamos: yo no os he dicho todavía en qué estriba, a mi juicio, la fuerza incontrastable del cinismo, por qué causa el cinismo atraviesa la historia y ha sido tantas veces fecundo y lo será tantas otras. El cinismo más auténtico, el que profesaron los griegos en el gimnasio de Cinosargos, es un culto fanático a la veracidad, que no retrocede ante las más amargas verdades del hombre. Os pondré un ejemplo: Si el hombre fuera esencialmente un cerdo—cosa que yo disto mucho de creer—sólo el cínico no se inclinaría—como los pragmatistas—a guardarle el secreto, la virtud cínica consistiría en reconocerlo, proclamarlo y en aceptar valientemente el destino porcuno del hombre a través de la historia. ¿Comprendéis ahora por qué en épocas de pragmatismo hipócrita, el cinismo es una reacción necesaria? ¿Comprendéis ahora cómo el marxismo, por muy equivocado que esté, en cuanto pretende señalar una verdad, en medio de un diluvio de mentiras, tiene un valor ético indiscutible?

ANTONIO MACHADO.





## CARTA A JOSÉ BERGAMÍN SOBRE ANARQUÍA Y CRISTIANISMO

Al sentirme impulsada a aludir directamente a uno de tus trabajos publicados en estos momentos fuera de España, adopto la forma epistolar por parecerme la más recta. No intento iniciar una polémica, pues no he de discutir ninguno de los puntos que componen tu ensayo, sino sólo señalar algunos, entre los muchos de vital interés que veo omitidos en él.

Me tomo el derecho de comentar un tema desarrollado por ti, según tu criterio, que respeto, porque supongo, al encontrar el número de abril de la revista *Esprit*, cuyo sumario aparece bajo el lema «Anarquía y personalismo», que la atención de un sector de la intelectualidad francesa se ha detenido a anotar el hecho de la vivificación de la idea anarquista en los momentos actuales de España. Así creí entenderlo al coger la revista en mis manos, y fui comprobándolo a través de sus páginas: estudios, unos afectos y otros desafectos, pero todos concienzudos y encaminados al esclarecimiento del tema planteado; solamente en el tuyo —el único nombre español que figura en el sumario—, el concepto anarquía no es objeto ni del más ligero análisis y queda supeditado a calificar meros hechos, señalados entre el largo programa de nuestras



calamidades nacionales. No he de discutir aquí si tales hechos merecen o no ese calificativo, pues no creo que aporte la menor claridad sobre el conflicto íntimo de España que Europa quiere estudiar en su laboratorio, enumerar los desmanes de nuestros pobres curas pecadores o de nuestros facinerosos, inevitablemente infiltrados en algunos partidos.

Si éstos son males intrínsecos de la anarquía, sería al menos conveniente saber por qué, aproximarse, siquiera, al conflicto que los origina; pero prefiero, por creerlo más de mi incumbencia, estudiar la perspectiva opuesta, la de la realidad de su porvenir espiritual; pues creo, además, sin miedo a error, que ésta y no la otra es la que ha despertado interés fuera de España. Creo que nada puede importar a los que, por rigurosidad de conciencia, quieren ver las cosas en su último sentido, la frecuencia o la truculencia de ciertos hechos que sólo el sentido común bastará a arreglar, y, en cambio, les faltan datos sobre la parte positiva, sobre la voluntad de estructura, de forma coherente y viable que pretende abrirse camino por entre la tenebrosa marejada del momento.

Pero no hablo aquí sólo en nombre de mi creencia personal: desde el mes de enero, en que empezó a publicarse HORA DE ESPAÑA, hago por llevar al ánimo de los intelectuales españoles la convicción de que toda la filosofía española, la que Unamuno considera «la única verdadera y propiamente tal», es fundamentalmente, por encima de toda opinión, anarquista. Esto me ha valido, aparte de algunas, contadas, adhesiones, la censura de gran parte de los escritores que trabajan por la revolución y consideran mi actitud meramente especulativa y anti-revolucionaria. En cambio, en los periódicos anarquistas de Valencia y Caspe, el eco que ha encontrado mi primer ensayo, *Cultura y Pueblo*, ha sido tan rotundo, tan satisfactorio —pues no revestía caracteres de elogio, sino de aceptación franca, de comprensión a fondo—, que por esto solo me creo autorizada a continuar en mi propósito; pero, ¿cómo?

Gracias a la amplitud de criterio de HORA DE ESPAÑA, pude aludir desde sus páginas, aunque ligeramente, al tema que me ocupa. En el mes de febrero leí en la Casa de la Cultura, en forma de conferencia, un ensayo sobre Unamuno, que titulaba *Dios insiste en España*;



Carta a José Bergamín

estaba escrito para la revista internacional *Das Wort*, donde me había invitado a colaborar uno de sus miembros, y pensando que mis palabras, al salir de nuestra tierra, caerían en un medio en el que ninguna mala inteligencia podría enturbiar su objetividad, fui en ellas más explícita. Y aquí sí que puedo decir que topé con la Iglesia: el ensayo escandalizó a quien me lo había pedido. Topé con la nueva Iglesia, que no combato —quede sentado— porque la creo sostenida por bases prácticas, perentorias, que sería inoportuno discutir, y porque no me acosa la menor impaciencia por el triunfo de las ideas que más estimo, antes al contrario, sólo quiero para ellas madurez, sinceración profunda, depuración implacable. En este sentido quise trabajar en mis últimos días de Valencia, instando a que acudiese un grupo de escritores a la llamada que hizo a los intelectuales *Solidaridad Obrera*. No lo conseguí, y yo me abstuve de hacerlo, por evitar lo que pudiera parecer una actitud original. Mi plan, en realidad, era acercar al partido anarquista a un grupo de intelectuales que mantuviese conexión con el movimiento popular, pero enteramente abstenido de toda actividad política. Este grupo hubiera constituido un seminario anarquista, esto es, un organismo, pequeño en su principio, dedicado al estudio de la idea anarquista, más especialmente que en los textos que llevan tal nombre, en su raigambre originaria, en religiones y filosofías, capaz de trazar, consecuentemente, algún rasgo verídico de la conciencia que sea inteligible y moralmente práctico en el momento actual. Tal organismo hubiera ido ampliándose a medida que el trabajo realizado fuese formando un terreno firme y hubiera llegado a componer algo con toda su complejidad, con toda su espontánea y vital independencia; hubiera tenido la eficacia de una escuela. En fin, el plan era perfecto, pero quedó en palabras. Llegamos a reunirnos unos cuantos en casa de un joven poeta, pero otro ilustre amigo nuestro nos llevó por derroteros tan vagos, tan líricos e inconsistentes, que perdí completamente el ánimo y opté por alejarme de todo, prescindir de mis ambiciones de fundadora y venirme a París a trabajar en una, aunque externa, tranquilidad.

Este largo relato de mis actividades que, ciertamente, hasta ahora no pueden llamarse éxitos, conduce sólo a hacerte comprender que no es vano deseo de discusión o censura lo que me lleva a discutir tu ensayo



*Por nada en el mundo.* Cuando, después de superado el desequilibrio de mi expatriación, quiero enterarme de lo que se piensa en Francia, lo primero que encuentro es este número de *Esprit*, que realiza algo muy semejante, como propósito, a lo que con tanta pasión y esfuerzo llevo tantos meses queriendo hacer en España. Si en tu ensayo se mantuviese el mismo propósito que en los que le acompañan, hubiera experimentado solamente una tranquilidad de ver que a alguien le había sido posible lo que a mí no me había sido dado hacer; pero, ¿cómo resignarme a que la única voz española no aporte más que la antigua visión superficial, no sitúe el término anarquía más que en calidad de impropio, como es uso en el lenguaje periodístico parlamentario? Y, sobre todo, aun se podía pasar por alto el empleo de ese término para calificar a los perturbadores del orden que, legítimamente o no, ostentan esa filiación; pero atribuir a anarquía el desmoronamiento de la Iglesia Católica en España, aún notando los nexos que la idea cristiana y la anarquista tienen en sus puntos más positivos y feraces, es demasiado. Y conste que no formulo esta protesta en nombre de mi anarquía, sino en nombre de mi cristianismo. Mi descubrimiento de la anarquía tuvo origen en el libro admirable, ejemplar, del obispo Newman, *El desarrollo del dogma*. En él encontré por primera vez de un modo alto, riguroso y evidente, unido el concepto de anarquía al nombre de Cristo, pues no quedaba circunscrito a su doctrina; no iba, ni implícito ni explícito, en ninguna máxima evangélica: a mi entender, aparecía entrado en el hecho mismo cristiano, en la Encarnación, en cuanto es *relación absoluta*.

Carezco del texto y sólo tengo algunas notas que no son las que necesitaría para dejar este punto aclarado.

Este, y sólo este principio anárquico, es lo que lleva a la Religión Cristiana a su constante acabamiento y a su constante salvación: su humanidad. Las formas mortales de la Iglesia a que el Evangelio alude son otra cosa: son las ramificaciones del dogma con sus enmiendas y aparentes transacciones que, como Newman dice, «no son la sucesiva reposición del cuchillo y el mango»; son su vital intento, su arborescencia fortuita y sensible, condicionada por el clima del azar, fiel sólo a una ley nunca manifiesta, siempre diluída en sustancial persistencia:



la de renacer. Y en cuanto a la venalidad de su representante, no hay por qué atribuirle significación alguna, antes al contrario, sólo puede aparecer como efecto del grave trance que atraviesa la idea religiosa en su íntimo fundamento; pues la ocasión es tal que resulta vano discutir o dilucidar cualquier punto del Evangelio. Lo que las generaciones del pasado inmediato quisieron derrocar no fué el Nuevo Testamento, sino el Antiguo. Y como «en el Nuevo Testamento está patente el Antiguo», lo único que podemos hacer para que aquél mantenga su eficacia, es conciliar éste con la conciencia de nuestro tiempo. Antes de la Pasión de Cristo es la lucha de Jacob. Cuando la anarquía haya sobrepasado su antiguo testamento, entonces germinará su era positiva. Pero esto no implica el menor reformismo ni conformismo, pero, repito, toda su primera forma quedará patente en la segunda, como la segunda está latente en la primera.

Algo de todo esto —que aquí queda tan exigüamente expresado— es lo que esperaba encontrar en tu ensayo, al leer los primeros párrafos en que hablas de los viejos libros que encontraste en casa de Pueyo; pero no fué así, y no comprendo cómo un alma verdaderamente religiosa ha podido acercarse a esta promesa —y le doy este nombre por unirla siempre a las verdades religiosas y no a las racionales— sin acogerla en la intimidad de su conciencia. Esta verdad que llegas a encontrar unida a la fe que confiesas en la maldición «*perros judíos* como *perros cristianos*», añadiendo con tu juego peculiar: «¿no serán los mismos perros con diferentes collares?»

Menos comprendo aún que bordeándola y no teniendo para oponerla otra verdad más potente, capaz de avasallarla en sus verdaderos puntos positivos, se la soslaye con un brusco quiebro, se la presente, de pronto y sin más explicación, transformada en fuerza ilegítima propagadora de todos los vicios nacionales del Estado y de «la Iglesia Católica en España, colaboradora anarquizante de ese Estado». Una y otra vez, y como ésta, todas las noticias que del concepto anarquía van apareciendo en tus páginas: «Pero, ¿qué significa esta Iglesia? ¿Qué significa este Estado? La más absoluta, la más total ausencia de autoridad moral y espiritual. La más amplia, la más completa actividad pública anarquizante.» «Sobre todo en la explotación comercial, industrial, de la pre-



tendida enseñanza religiosa, que no lo fué jamás, que fué siempre una enseñanza laica dada por religiosos. Colaboración anarquizante y remuneradora con el Estado», etc. Ante todo esto, sólo se me ocurre repetir: No comprendo.

Como sólo se llega a comprender buscando el fondo positivo, la posible bondad de las cosas. Supongo que un vehemente deseo de encontrar la raíz de los males que aquejan a la Iglesia fuera de ella misma, te ha llevado a resumir en la palabra anarquía, por aquella su faceta negadora, todo lo que en la Iglesia se niega y descompone. Si es así, no me escandaliza tal atentado a la verdad; pero ¡es tan inútil!

«Todo lo que pertenece a la esfera de la creencia religiosa nace en la historia, se desarrolla, declina y muere. Jamás ha sido establecido, demostrado y refutado como una proposición científica»; «ni un documento religioso, como, por ejemplo, la Biblia, o una tradición, o una organización, pueden ser consideradas como objeto de estudio histórico puramente racional, ni los documentos religiosos como simples *fuentes* para ciertos sucesos, si ya antes el sentimiento de religioso respeto a cuya luz, o, si se quiere, en cuya oscuridad aparecen aquéllos como una revelación, no se hubiese extinguido o, en virtud de nuevas tendencias germinales de la misma vida religiosa, no se hubiese orientado hacia nuevos contenidos». Esta afirmación que hace Scheler en *Muerte y supervivencia*, de la impotencia del conocimiento científico para destruir una creencia viva, abarca igualmente la impotencia de sus vilipendiadores. Una creencia no se refuta ni se desacredita. No, una fe no se deshonra, porque es la medida única de la honra del que puede ser deshonorado; es decir, que el que se deshonra es porque cede algún punto en lo que debe a su fe; porque si la fe fuese susceptible de detrimento a consecuencia de los actos humanos, ¿con qué medida demostraríamos que no fueron justos? ¿Con el residuo formal de la creencia extinguida? Nadie temería tales sentencias.

Una fe sólo puede morir por su propia muerte, y la fe cristiana va, por su anárquico principio, desde su comienzo hacia la muerte. No sirve, como la fe pagana, para trasladar al mortal al plano de los imperecederos, ni como la fe budista, para domeñar el sentimiento por la persuasión negadora—vida una y razón otra—. La fe cristiana nace y muere.



Nace porque muere, y viceversa. Y nuestra confianza no puede descansar en la idea de su supervivencia hasta desvalorizar la muerte, porque si consideramos efímero el trance y seguro y glorioso el final, no habría angustia ni pasión en la muerte de Cristo. Sólo contemplando la alter-nante y anárquica relación en su agitada, inaplacable persistencia, po-demos aceptar con fe nuestra propia angustia.

Nuestra fe y nuestra razón son feraces, sólo en sus fronteras; si nos adentramos en el ámbito de alguna, perdemos de vista la otra. Desde la razón, esto es, desde el nihilismo, su última consecuencia, se cree olvidar la vida; pero como, en tanto que la razón no puede detenerse en una finitud, por claro que vea el aniquilamiento del alma individual, nada le asegura que más allá de las estrellas o del tiempo, esto que lla-mamos nuestro corazón, no llegue a ser como un recuerdo en la mente de Dios. Y si se detiene, rompiendo el encadenamiento lógico, sólo puede hacerlo por un acto de voluntad o de no voluntad, es decir, por este agente genuino de la vida. En el ámbito de la fe, la razón no cuenta, pero la fe es vida y la vida tampoco admite márgenes. La vida es allí donde algo es, y si la razón es, también allí es la vida. Y, sobre todo, el amor más encendido lo primero que quiere es ver, o, mejor, sólo viendo se enciende.

Amando y viendo, naciendo y muriendo, nuestra fe cristiana sufre su pasión, tal vez su muerte si así lo exige la potencia de sus nuevos gérmenes.

A conciencia insisto en cosas que sé que sabes tan bien como yo; pero, entonces, ¿por qué tan furtivamente aparecen entre tus líneas esos atisbos de la realidad anárquica de España, cuando dices, por ejemplo, que preste oído el cristianismo a «la voz de un pueblo ensan-grentado que hasta en la blasfemia o a causa de esa misma blasfemia no deja de ser divino y de clamar al cielo»? ¿Por qué en este otro pá-rrafo «el pueblo español exasperado, o al menos su sector anarquista, ha percibido el peligro que le amenazaba más profundamente en su existencia; y sintiendo que su libertad y su independencia entraban en el trance de una mortal agonía, cubierto con su propia sangre, como la suya injustamente vertida, que, por la palabra, ha sido liberadora de toda la sangre»; porque, repito, aquí ves tentado de arrebatarse el



epíteto que diste a los violadores de la libertad, a los propagadores del vicio, del desorden, y sublimarlo de pronto entregándoselo a los señalados que emitieron la sagrada blasfemia? Es que es difícil huir la verdad tanto como buscarla. Sólo los tontos están beatamente a salvo de caer sobre ella o bajo ella; pero los que marchamos, siquiera con normal actitud, por entre el tráfico de sus refracciones, si no la perseguimos a conciencia nos atropella o nos seduce. Relee tu ensayo y le encontrarás, víctima de su hechizo, por todas partes, lleno de alusiones a nuestros místicos, a nuestro Quijote, a nuestro cristianismo anárquico.

Creo adivinarte a través de estas páginas, como entorpecido por un escrúpulo político. ¿Acaso te cuentas entre los intelectuales que se han impuesto una especie de consigna para soslayar toda complejidad del pensamiento que pueda hacer dificultoso por desánimo o descrédito, el desarrollo de los hechos políticos? No lo creo. Es la actitud más insensata en que puede ponerse, el que no desprecie francamente la función del pensamiento. He meditado mucho en ella y no la aceptaré jamás. Si aceptaría, si preciso fuese, por disciplina, el silencio; pero si constantemente se nos manda hablar, y si es cierto, más que nunca cierto, que hay quien escucha, ¿cómo podremos dejar escapar unas palabras mermaidadas de sustancia y cómo, sobre todo, consentiremos que en las almas en carne viva que escuchan en esta hora señalada pueda difundirse un hábito de seudopensamiento, de ejercicio vano, sin contenido veraz? No; cien veces no. A los que supeditan la vida del espíritu a la política y también a los que se esfuerzan en preparar un plano político benigno al espíritu. Cualquiera de estas dos posiciones es misión del hombre político, pero en el intelectual que lo sea no sólo por profesión, sino por vocación, por forzosidad íntima, es monstruoso e ineficiente. El que vive la vida del espíritu no puede, en puridad, hacer más que pensar derecho y no temer nada. Bien hiciste en recordar «La persecución es la vida».

Si traemos a la memoria los párrafos de Scheler, antes citados, veremos que no sólo es la ciencia ni tampoco la perversión moral, ni la política, lo que puede condicionar la vida del espíritu, esto es, la vida religiosa. Y en cuanto a pensar que el movimiento político se vea amenazado por una fuerza religiosa—me refiero a algo auténtico, puro—arro-



lladora, no hay que alarmarse; todavía no estamos tan cerca de la felicidad.

Aquí en Francia sigue sobre la mesa el tema de «Catolicisme ou politique d'abord»; pero este celo que tan dignamente mantienen los católicos franceses, ¿qué es en última instancia más que política? La religión no se refuta ni se abona ni se cultiva; la religión es obra de Dios, o, mejor, es obra del hombre, en lo que tiene de Dios, es la obra de Dios hombre. No es siquiera la imitación de Cristo: es la semejanza inmanente del hombre con Dios: La creación.

Muy cerca de ella anda, aunque no prácticamente en ella, ese pensamiento de gran fondo que Maritain esboza del humanismo integral. En 1929 expuse en notas de la «Revista de Occidente» una idea en todo semejante: la de una posición renacentista ante la religión católica. Y al escribir *posición renacentista*, lo primero que se me ocurre preguntar es: ¿Se puede considerar como algo vitalmente religioso un renacimiento? Si miramos en la Historia lo que fué el injerto del mundo antiguo en el cristiano, encontramos que, realmente, hay una mezcla viva y feraz de los dos sentidos y se nos alegra el alma de pensar que pudiéramos hacer un homenaje a la religión católica de tal magnitud, pero ¿es esto religión, es una verdadera creencia? No; no lo es. Es necesario arrancarse esta comprensión con desgarradora sinceridad, porque nuestra ansia de fuego religioso siempre debe encontrar fría la aportación del sentimiento. Y, sin embargo, esa onda de creación con que un renacimiento cristiano conmovería al mundo, satisface por lo menos a esa parte tan activa en la fe: la voluntad.

Por esto, yo preguntaría a los católicos franceses: ¿Para qué allanar planos o templar invernaderos? ¿Dónde está la creación, un acto, un libro, un solo verso? No; un plan o una decisión de hacer algo, un algo hecho, una palabra que haga recordar al hombre que en él está el Verbo.

Y al llegar aquí me es forzoso hacer un largo inciso, porque como en este punto de la creación estamos fundamentalmente de acuerdo, es preciso dilucidar cómo y en qué coincidimos y, aunque comentando sólo tu ensayo de «Esprit», podría llevarlo a cabo, veo mi posición tan corroborada por tu estudio de Goya en *HORA DE ESPAÑA*, que no puedo pasarlo por alto.



Lo primero que salta a la vista es que a lo largo de sus líneas y en cada una de ellas, en cada proposición o consecuencia se espera ver brotar una palabra, esa palabra que aquí discutimos. Se la siente, se la ve, exaltada a poderosa evidencia, informándolas desde el principio al fin. ¿Por qué no brota? ¿Por qué esa nebulosa de cualidades, que con acierto difundes en torno a Goya, no florece en un neto sustantivo? Creo que con la percepción más tosca cualquiera intuye a través de este párrafo: «El hombre, el pueblo, empieza por afirmarse caprichosamente por la negación. Con tal de hacer su voluntad y por hacerla solamente, puramente, el hombre, el pueblo se hace como el niño caprichoso, voluntarioso. Pintar como querer es pintar voluntaria o voluntariosamente: caprichosamente. El hombre que hace su capricho hace lo más puramente voluntario, lo más hondamente voluntario. Acaso lo más profundamente humano. Su santísima voluntad. Su realísima gana. Lo más verdadero de su ser.»

Evidentemente, el hombre sólo realiza lo más verdadero y hondo de su ser cuando pone en juego *todo* su ser y para esto lo primero que es necesario es que el hombre sea un *todo*, se sepa un *todo*, total y verdaderamente semejante al *Todo*.

«¿La cólera española no es la causa, el principio y la unidad revolucionaria de nuestro pueblo? ¿Su humana, viva, verdadera, disparatada, desastrosa voluntariedad? ¿Su realísima gana? ¿Su voluntad santísima?». Sí, en efecto, la causa, el principio y la unidad de nuestro pueblo es esa real gana, y esta vez, no de realeza, sino de realidad, de una realidad que no se someterá jamás a ningún ideísmo, una realidad anárquica, viva.

Pero no puedo detenerme a estudiar cómo en cada uno de tus párrafos se silencia y se revela a un tiempo esa sustancial, íntima verdad de nuestro pueblo, y notaré sólo, ya que de pintura trata, cómo hasta en aquello que se ve «de una vez», esto es, el genuino mensaje de la pintura, has percibido el certero símbolo, has entendido con los ojos la cifra que ondea su secreto poético: «No hay pintura más clara para los ojos como para el entendimiento—para el entendimiento humano de lo español—que la oscura o clara, la negra o roja, la blanca o coloreada del enorme Goya». ¡Negra y roja afirmación de la cálida sangre, her-



manalmente unida al oscuro misterio! Con constancia se llega a sacar claridad de la controversia de los textos, pero «de una vez» se puede intuir que sólo una viva, divina y sangrientamente humana verdad puede tener hoy día profunda alusión, eficacia poética, en un símbolo.

Subrayo con satisfacción todos tus aciertos y los encontraría intachables si hubiese en ellos más equidad. ¿Cómo puedes hablar de «vanidad velazqueña», de «pura representación» en Velázquez? ¿Sobre todo habiendo establecido ese paralelo entre «los que soñaron su razón y los que racionalizaron su sueño»; este paralelo, que es el mismo que yo establecí entre Unamuno y Ortega, «lo que en Ortega es luz en Unamuno es fuego», y que al hacerlo afirmé que era todo nuestro porvenir? Ya emplacé también, con inminente estudio, a Picasso y a Ramón Gómez de la Serna, que con Ortega y Unamuno son las ramas más poderosas de nuestra genealogía espiritual, pero no puedo dejar para otra ocasión el decir que esperar una revolución de Picasso es no haber entendido la que hizo. Su atentatoria desarticulación, su patentización de la elemental anarquía. Y para no tener que decir lo mismo de Ramón, lo diré de Picasso con palabras de él: «Ese azar que respeta al azar.»

Quede aquí este desmesurado paréntesis.

Es del tema de la creación que quedó pendiente, de lo que más concretamente querría hablar y, en realidad, no me he apartado de él al citar los cuatro nombres que son los que actualmente nos dan más poderoso caudal de porvenir. Pero, claro está, al hablar de creación no quisiera emplear tonos calurosos que tuviesen acento de estímulo vago a una creación indefinida. Querría, al contrario, si no definir, porque esto es imposible, meditar, con el mayor rigor, en qué puede consistir nuestra creación.

Para ello hay que adoptar una actitud concisa. Para medir, es preciso una unidad, y esa unidad, como antes dije, es la fe, el clima íntimo de la conciencia y es preciso no empañarlo aproximándose, siquiera en forma de ligera opinión, a lo que nos es más ajeno e incoherente, por ejemplo, traer a cuento a propósito de uno de los pensamientos más substanciosos del alma más centrada en la médula de nuestro abismo: Santa Teresa; la limitada suficiencia, el sarcasmo vano de las fantasías de Chesterton.



Hay que adoptar una actitud franca ante los puntos principales, mantener una consecuencia que, con la mayor amplitud y hasta aventurándose en la contradicción, no haga imposible la fe de los otros en la nuestra. No se puede decir, si se piensa con Unamuno, «Vanidad de vanidades y todo vanidad», porque Unamuno gritó: «Plenitud de plenitudes y todo plenitud». No se puede, sin negarle, sin olvidarle o desconocerle, decir: «Es éste un mal tiempo, son malos tiempos los que corren para nosotros, creyentes católicos, en el mundo. Por lo demás, ¿los tiempos no fueron nunca de otro modo que malos? ¿Se encontraría en ellos, gracias a ellos y no contra ellos, la afirmación y la ratificación de nuestra esperanza, de nuestra fe? No será, ciertamente, en las palabras de este mundo, en las palabras de este tiempo, de nuestro tiempo pasajero, porque Unamuno dijo: «La eternidad y la infinitud son las substancias del tiempo y del espacio, respectivamente, y esto sus formas, estando aquéllas, virtualmente, todas enteras en cada momento de una duración, la una; en cada punto de una extensión, la otra.» «Cuanto más se estrecha y constriñe la acción a lugar y tiempo limitados, más universal y más secular se hace, siempre que se ponga alma de eternidad y de infinitud, sopro divino en ella.» Esto es todo Unamuno, toda España.

De él acaba de decir Antonio Machado: «De todos los pensadores que hicieron de la muerte tema esencial de sus meditaciones, fué Unamuno quien menos habló de resignarse a ella. Tal fué la nota *antisenequista*—original y españolísima, no obstante—de este incansable poeta de la angustia española».

No buenos, sino gloriosos tiempos estos en que los hijos de una misma madre buscan de nuevo las primeras palabras. Antonio Machado califica a Unamuno de *antisenequista*, señalando, al hacerlo, su originalidad, su creación, que no otra cosa se puede decir del cristianismo de Unamuno, de España. Creación o más bien salvación. Nuestra Buena Nueva anunciada ya en aquel verso final de la «Epístola moral a Fabio»:

*«Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.»*

Si se es español, si se entiende humanamente a España, hay que llevar el alma materialmente empapada de estas palabras. Yo te invito a recordar cómo aparece ese verso al final de la Epístola, después de sus



trescientos versos estoicos, después de su árida racionalidad, de su moral. Después que la persuasión ha ido helando nuestra sangre, ese verso se enciende, con tal dolorosa dulzura, con tan inexorable piedad. Todo lo que vamos a hacer, esas tablas de mandamientos que parecen poder emparedarnos, no nos oprimen más que con ese abrazo. Todo vamos a hacerlo por ese tiempo que llevamos pegado a nuestro pecho, e inexorablemente, ha de desenlazarlos. Cada uno de sus minutos es sagrado e inculpe en la peor especie de blasfemia el que los deje caer de sus brazos sin haberles besado con su devoción en las cuatro caras, sin haberles despedido en los cuatro sentidos o tiempos de la bendición.

Está claro lo que España puede dar de sí, puede crear, pero para contribuir siquiera con la palabra más humilde es preciso aceptar la realidad o ley de la fe que confesamos. No enrevesar con otro concepto, no añadir de nuestra parte un poco en el peso de uno, para que equivalga a su contrario, no apoyarse en el crédito de «los extremos se tocan» para decir: «El Estado totalitario, el fascismo, aniquila al hombre en la plena vacuidad del Estado. El anarquismo aniquila al Estado en la plenitud—¿vacía?—del hombre.» Así es, en efecto, su antagonismo, pero en cuanto a esconder una identidad de contrarios es sólo cuestión de decidirse. Es fácil admitir la vacuidad del Estado, pero yo, al menos, no cargaría con la responsabilidad de haber dicho ¿vacía?—la interrogación pierde aquí su virtud; el caso es que la idea esté lanzada—de la plenitud del hombre, el único conocido vaso de la Divinidad.

No sólo no es ese el camino de la creación, sino que no es siquiera el de la crítica. Es inútil decir que las cosas son como no son, porque en realidad las cosas son como quiere y sólo puede darles algo de su aliento el que las quiere tal y como son. ¿De qué sirve en el ensayo de Máxime Castaigne, «Anarquía y haber», enfocar el concepto anarquía exclusivamente desde el punto de vista en que aparece como resentimiento? El anarquista, «por miedo al acto, retrae su desesperación y disminuye a sus ojos de miope el orbe que le exaspera. Mancha la blancura inaccesible». Resulta, naturalmente, que argumentando tal posición aparece un párrafo en que Max Scheler diseña duramente el resentimiento, pero ese párrafo pertenece a «El resentimiento en la moral», libro apasionadamente analizador, en el que Scheler lucha por repristinar la idea cris-



tiana destruyendo la inculpación de resentimiento que ha sufrido, y el modo cómo lo niega y reconoce a un tiempo es un alarde de agónica voluntad amorosa.

No recuerdo si la anarquía se mienta o no en ese libro, pero todo lo que Scheler dice para hacer comprender el cristianismo, podría servirnos aquí para explicar la anarquía.

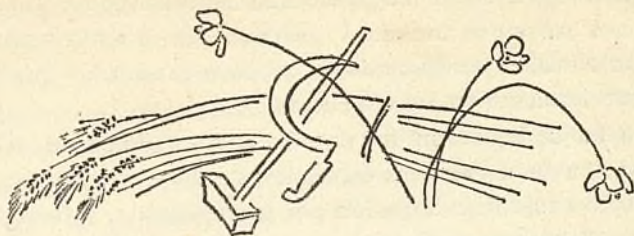
La actitud noble y eficaz es la de Emmanuel Mounier en su admirable ensayo «Anarquía y personalismo», que queda perfectamente definida en este párrafo de la última parte: «Hemos acentuado la debilidad de las posiciones centrales de la anarquía tan cruelmente como nos ha parecido necesario. Debemos exigir tanto más de un movimiento como éste y mostrarnos tanto más severos respecto a él cuando se aproxima más que otros a las realidades que creemos sólo aptas para vivificar el alma popular que se busca.»

Si en realidad creemos que nuestras palabras pueden despertar algún eco en esa alma popular, no enturbiamos ni un momento con juegos conceptuosos de uno o más filos esta nuestra misión didáctica, inspiradora, seductora en el mejor de los casos. ¿Sencillez? No; complejidad, pero complejidad real. La complejidad de la verdad viva y anárquica, ante la que si el hombre se pone a pensar ha de ser hasta agotar sus fuerzas, sin someterla jamás a la fuerza de su ingenio.

En resumen, a tu ensayo sólo tengo que oponer esto: Anarquía no es desorden ni resentimiento. No es desorden, porque orden—ya lo dije en otra ocasión—es un concepto meramente ordinal, anárquico. No hay nada más anárquico que el edificio de los números en el que entre la pesadumbre de su extensión inconcebible, la unidad es siempre real y absolutamente una. Y no es resentimiento porque es, en su comienzo, justicia: esa palabra prediluvial. Y, al final, después del diluvio de sangre, es amor. Amor de nada abstracto. Amor del que nace en la sangre ante la sangre.

ROSA CHACEL





# A DIESTRA Y SINIESTRA

(LOS INTELLECTUALES Y LA GUERRA)

La guerra nuestra, la que mantiene nuestro pueblo contra el fascismo internacional, ha tenido, entre otras muchas y mayores virtudes, la de crear de día en día un calor intelectual, un reverdecir de la conciencia allí donde la conciencia se manifiesta, que este solo hecho bastaría para diferenciarle de las guerras, de las luchas provocadas sin otro sentido ni destino que el de ser un colapso más fuerte que otros en la economía capitalista internacional. No hay, pues, por qué insistir, cuando ya lo sabe y tiene que saberlo todo el que no se opone a ello, sobre el sentido que tiene nuestra lucha, de lucha por el destino y la dignidad humana.

Por eso, al escribir estas líneas, no me propongo demostrar nada en este sentido, sino que, dándolo por supuesto y común en todos los que mantienen su sensibilidad y también su conciencia en angustiosa tensión legítima, y forzosamente entrañadas con el porvenir de la Revolución, solamente deseo cumplir con un deber, no ya como intelectual—por más que no sepa bien en qué medida me cabe esta calificación—, sino como español, en cuanto pueda aportar un mínimo de claridad, ya que no de otro modo, reflejando la ajena claridad en mi posible oscuridad personal.



De manera que, en el magnífico ambiente apasionado en que todos nosotros nos movemos forzosa y gozosamente, pueda expresar quizá, con mis palabras, el sentimiento de algunos camaradas que yo querría suponer precisamente en las trincheras.

Y para mejor conseguir mi propósito, librándome así del gran defecto que asignaba a todos los españoles, no hace muchos días, un gran español como «ausencia de pasión por la exactitud», intentaré un escalonamiento de temas, para que así, no queriendo abarcar todos en su conjunto, los que alcance tengan la mayor limitación exacta, para que sean exacta y deliberadamente limitados.

\* \* \*

«Ante todo fué el Caos», afirma Hesiodo. «Y después, la Tierra de ancho pecho.» Todo lo demás es posterior y procede siempre de este Caos; mejor, de la organización de este Caos que es entonces el Universo.

Y en un sentido más limitado, en la historia que es siempre, no lo olvidemos, la historia del hombre, cada nuevo mundo, cada nueva conquista definitiva del hombre, presupone siempre un caos anterior. Se puede objetar que no hay en realidad más que un solo y mismo mundo esencial y que lo que parece nuevo no lo es, sino viejo y lo mismo. En tal caso, los cambios y modificaciones que indudablemente ocurren en la Historia no son sino la manifestación del mismo caos inicial, con la misma primitiva necesidad implícita de organización, de ordenación.

Y ante ese mismo caos de presagio nos hallamos ahora en España. Sólo los tímidos o los de contextura fundamentalmente caótica pueden mostrarse turbados y aturridos ante este caos que, por serlo, es inexorablemente anunciador de un orden nuevo. *Novedad* ésta que no atrae como la pasajera y trivial novedad de la moda, sino como *la eterna novedad* del hombre afirmándose como tal ante todo cuanto intente oponerse a él cada día; novedad de esfuerzo que ha de mantener el hombre para permanecer hombre; como si dijéramos: por este nuevo paso del hombre no es más, esencialmente, que lo que ya era; pero sin él, sin ese paso, sucumbiría, se hundiría en su negación. Y así, sólo los capi-



talistas, que son una mezcla de timoratería y caoticismo, se asustarán ante la voluntad del pueblo español.

Ahora bien, el caos actual no es ni puede ser el Caos absoluto, el caos mitológico que sólo mitológicamente se organiza, sino que se trata de un caos parcial obra del hombre, sí, del hombre, que a veces *se hace un lío*, una confusa maraña de intereses y perversión de pasiones y sentimientos que no es posible seguir adelante sin desentrañarle, ya que ni cortarle es posible, porque se corta un nudo, mas no un lío.

Y si es así, «lo que un hombre hace, otro deshace», porque «nadie es más que nadie». Lo que el fascismo ata, desata el pueblo *desatándose*, sacándose a sí mismo de quicio, del quicio de opresión e indignidad a que estaba sometido, liberándose, en un supremo esfuerzo, que, naturalmente, resulta exasperado. El que esta exasperación, consecuyente y adecuada con y para el esfuerzo que hace el pueblo al liberarse, exaspere a ciertos pusilánimes no esforzados, no puede importar ni significar nada, de no ser un síntoma de *caótica debilidad rebelde*, de niño voluntarioso y enfermizo que no quiere curarse porque la medicina es amarga. Aludo aquí, de un modo general, a todos los que, de una u otra forma, aun hacen dengues y remilgos, reparos y objeciones, en nombre de las cosas más diversas, a la lucha del pueblo español. Y, muy especialmente, a los que las hacen amparándose en lo que ellos quieren o creen formas desinteresadas de pensamiento.

Creo que será lícito, ahora que tanto ha reverdecido la polémica en todos sus matices, y que en el fondo es un buen síntoma, ya que toda polémica es diálogo, colaboración, unión, en último término, que estas líneas tengan, a partir de aquí, un sentido casi por entero polémico.

Porque, la verdad sea dicha, así como padecemos a los «incontrolables» hay también una especie de *incontrolables del pensamiento* mucho más incontrolables que los primeros, a veces, aunque, afortunadamente, mucho menos peligrosos.

Claro que, para éstos, lo primero que se planteará, sin duda, es la cuestión de qué sea eso de controlar, por qué es necesario y, en todo caso, quién controla a quién. Y en la medida que controlar significa poner coto a su irresponsabilidad particular se irritan y quieren plantear cuestiones de fondo cuando, *en el fondo*, a lo único que se atie-



nen es a su propia individualidad cerrada. Porque no hay que olvidar (dejando aparte los incontrolables verdaderos, los incontrolables de gobierno en estos gravísimos momentos, para referirme sólo a esos otros, a los incontrolables del pensamiento) que estos mismos que antes del movimiento se decían *independientes* para mejor realizar su particular independencia sin querer entender, verdaderamente, en el problema de la independencia, llegado un momento fueron los más dependientes: dependían de su propio terror a los acontecimientos, de su necesidad de justificación moral, de su incondicional adhesión, etc., etc. Y, claro está, cuando esos *independientes* entienden que ha sonado la hora, no sólo renuncian a su independencia, sino que, sobrepasando toda dependencia de coordinación y coincidencia sincera y espontánea, llevan su solícita ayuda hasta el servilismo, no pudiendo sorprender, entonces, el actual campeonato de codazos que se puede hoy apreciar, en ciertos neutrales de ayer, para ingresar en las organizaciones, para hacer frases más revolucionarias que nadie, para sentirse más pueblo que el pueblo mismo, etc. Estos son los apresurados *izquierdistas*.

Hay también los *objetivos*, los que toda medida les parece poca, los que se asustan, por ejemplo, al calificar de cínica la conducta de Alemania cuando bombardea Almería con sus barcos y a banderas desplegadas para que no haya dudas. Estos son los *cautos*: en el fondo no desconfían..., ¿de qué?

Y hay, por fin, los más tercamente honestos, los furiosamente honrados que de puro no querer hacer concesiones a la revolución... casi las hacen a la contrarrevolución. Para estos últimos todo cuanto no sea participar de sus mismos escrúpulos, de sus específicas vacilaciones significa, inevitablemente, insinceridad, hipocresía, limitación voluntaria y servil. Padecen el sectarismo de su imparcialidad y no permiten, en ningún caso, que nadie pueda ver claro lo que para ellos es oscuro o, al menos, que las dudas se planteen en otro plano que aquel en que se mueven. La palabra «sectario», en ellos, late a flor de piel.

Por la especial significación de los comprendidos en esta categoría y por el tópico fácil que creo advertir, en una de las tesis más comúnmente esgrimida por ellos, voy a detenerme, con mayor atención, ante esa identidad de conceptos que se ha querido establecer, muy común-



mente, muy vulgarmente, al decir: anarquía-España. Y más precisamente, puesto que por su propia, relativa precisión o alusión concreta a dicho tema, facilitará mucho el intento, me referiré al ensayo «Anarquía y cristianismo», de Rosa Chacel, que se publica en este mismo número de *HORA DE ESPAÑA*.

En relación a ese ensayo hubiera sido muy de desear que el problema se plantease con toda claridad, tanto en su contenido como en su forma: o sólo teóricamente, en abstracto, o de lo contrario con toda la obligada concreción y exactitud que supone la cuestión, efectivamente, referida a nuestra realidad española. Pero ocurre que unas veces hay que sobrentender, como una categoría precisamente definida, lo que quiere decirse al escribir «anarquía», desdeñando o no queriendo tener en cuenta los hechos reales, la significación precisa de esa palabra en España, como cuando se dice: «Creo que nada puede importar, a los que por rigurosidad de conciencia quieren ver las cosas en su último sentido, la frecuencia o truculencia de ciertos hechos que sólo el sentido común bastará a arreglar y, en cambio, les faltan datos sobre la parte positiva, sobre la voluntad de estructura, de forma coherente y viable que pretende abrirse camino por entre la tenebrosa marejada del momento»; esto es, dejando al margen esos hechos, que se reconocen, como si hubiera sentido más último ahora, en España, que los hechos mismos, para, pocas líneas más adelante, al apoyar su tesis, la dé que «toda filosofía española, la que Unamuno considera la única verdadera y propiamente tal, es, fundamentalmente, por encima de toda opinión, anarquista», anotar, como un dato digno de tenerse en cuenta, el hecho de que en los periódicos anarquistas de Valencia y Caspe haya encontrado su voz un eco tan rotundo que por esto solo se cree autorizada, dice, a continuar en su propósito (el de llevar al ánimo de un grupo de intelectuales la convicción de que la verdadera filosofía española es anarquista) aunque ella misma declare con un «¿cómo?» final que no sabe de qué forma hacerlo.

Inevitablemente, y antes de seguir adelante, hay que preguntarse por qué si «ciertas truculencias» más o menos frecuentes, que Rosa Chacel no niega sino que se limita a creer que basta el sentido común para corregirlas, no tienen importancia, ha de tenerla, siquiera sea subjetiva-



mente considerado, el hecho de que los periódicos anarquistas de Valencia y Caspe, etc.». Claro está que para mí esos dos hechos reales tienen el valor de toda una teoría; pero no se puede argumentar, seriamente, de esa manera tan contradictoria e inconsecuente cuando se pretende llegar a una consecuencia de un volumen tal como el que supone afirmar que la filosofía española es «fundamentalmente anarquista». ¿Por qué? Ya sé que es prematuro preguntar esto al comienzo del ensayo, que más adelante se intenta justificar esa afirmación, que no es correcto discutir una cosa parcialmente, etc. Por todas esas consideraciones me propongo seguir escribiendo, pero no he querido dejar de señalar una tan curiosa forma de argumentar que, desde el primer momento, se manifiesta en Rosa Chacel. Así como tampoco quiero dejar pasar una paradójica afirmación que, inconscientemente, creo, y a causa, simplemente, de estilo, se advierte en esos mismos párrafos cuando se dice: para acabar con las truculencias aludidas—insisto en que no se niegan en ningún caso, sino que se mitigan—basta el *sentido común*. A esto no tengo más que decir: exactamente. Sólo con *sentido común*, en sus dos acepciones de comunidad de sentido y sentimiento y de sensatez opuesta a toda locura, truculenta o no, podemos y debemos todos, en común, no anárquicamente, continuar la tradición con sólo continuar nuestra vida, ya que la tradición no está determinada en ninguna parte, no es una cosa terminada y sólida, sino que la tradición es una suma de hechos que caracterizan a un pueblo y por lo tanto todo cuanto realice ese mismo pueblo será, en él, tradicional: de elevada tradición en sus épocas de creación y de tradición detestable cuando se abandona a vivir de su pasado, por ejemplo. Por eso lo de continuar la *tradición española*, refiriéndose a los *españoles*, que no a los chinos ni a los suecos, me parece una perogrullada elocuente por la misma causa que cuando uno o varios o todos los españoles quieren ser *españoles*, vivir de un *modo español*, etc., como si lo *español* definiese a los *españoles* y no fuese a la inversa precisamente, como si fuera posible, no ya por fácil descuido, sino mediante el mayor esfuerzo, dejar de serlo, de hacerlo así.

Pero, en fin, aún no hemos llegado al nudo central del problema, en el ensayo «Anarquía y cristianismo», y no está, pues, discutido lo fun-



damental en él. Ahora bien, todo contenido tiene su continente, y si aquél nos interesa es casi seguro que no podamos desdeñar éste, ya que, en cierto modo, por no decir en absoluto, continente y contenido guardan siempre una correspondencia y adecuación perfectas y tal vez definitivas del todo que forman. Y en el caso que aquí nos ocupa, la forma, el continente, es una serie de afirmaciones preliminares que resultan, creo, extremadamente significativas. Y así, voy a recoger las alusiones que hace Rosa Chacel a lo que llama «la iglesia, la nueva iglesia». Al leer una conferencia que se le había pedido, dice, la tal conferencia escandalizó a la propia persona que hubo de hacerle la petición. De este hecho deduce Rosa Chacel el funcionamiento de toda una iglesia, para ella tan indudable, que incluso la justifica, en cierto modo, por ciertas razones prácticas. Ahora bien, convendría también aquí que se precisaran los conceptos: ¿Qué se entiende por iglesia? ¿Una organización jesuítica para turbios fines? ¿O tal vez se confunde con eso todo cuanto no sea participar de su propio criterio ideológico? ¿Le parece a Rosa Chacel eclesiástica, en ese sentido turbiamente peyorativo, la tarea, por ejemplo, de organizar la victoria para el pueblo español? ¿Le parece una cuestión incidental, para el espíritu mismo, para lo más alto del espíritu, no ya español, sino universal, la organización más férrea y voluntaria y libremente disciplinada del Ejército Popular, por ejemplo? ¿O cree, tal vez, que esto no tiene nada que ver con lo que ella dice y siente?

En todo caso, ¿a qué llama «iglesia» y a qué no?

Desearía saber, repito, con toda claridad, qué se quiere dar a entender cuando se dice «nueva iglesia» si no se quiere correr el riesgo de ser mal interpretada. Y conste que no me guía, al decir esto, un prurito de sindéresis gramatical. Pero es que resulta verdaderamente cómoda la posición de interesarse por la revolución, erigirse en monopolio de lo español hasta el punto de hacernos sospechar que uno es, por ejemplo, norteamericano, al no estar de acuerdo con ella; de alimentar una serie de sutiles y alambicados temores por la revolución, pero, al mismo tiempo, pensar que la revolución es también algo definido de antemano, que no hay que hacerla primero con el esfuerzo y preocupación diaria. ¿No ha pensado Rosa Chacel, y si lo ha pensado no significa



nada para ella, el hecho de que la revolución supone, si de verdad la deseamos, una exigencia de escrupulosa responsabilidad en todo cuanto hacemos, decimos o incluso pensamos? Ni antes de la guerra- ni después, parece haber percibido el hecho siguiente : que la revolución puede tener, y yo creo que tiene, en efecto, dos aspectos : uno esencial, último, del espíritu, del hombre, y otro inmediato, de lucha, de acción, que pueda dejar paso al otro de contemplación, de conciencia, en la conciencia del hombre. Ahora bien ; yo querría saber, por ejemplo, si en este aspecto inmediato y primordial, ya que sin éste, el otro no existe ; yo querría saber, repito, si algo tan concreto y real como los sucesos de Barcelona, tienen para ella importancia o no. Y a partir de una contestación, que supongo afirmativa y sin reservas, porque de otra manera tendría que suponer ceguera o mala fe polémica, podríamos discutir, entonces, lo de la «iglesia» como concepto para designar todo lo que se opone a lo de su anarquía preferida. De otra manera resultan las expresiones «iglesia», «anarquía», etc., tan vagas, que no es posible la discusión. Pero quede sentado, al menos, que hay en España toda una multitud, por ejemplo, la que se bate en las trincheras, de la que unos coincidirán y otros no con la forma de pensamiento de Rosa Chacel, sin que el discrepar de ella pueda, en ningún caso, recibir el calificativo ese de «eclesiástico». Y, además, que esas razones prácticas y perentorias que ella reconoce, aunque de mala gana, al emplearlas para justificar algo que en su criterio necesita justificación, no sólo no son despreciables, sino que en sí mismas constituyen toda una filosofía de primer orden : como que de ellas dependen vidas y hombres. ¿Hay alguna más importante, en último término?

Más adelante dice Rosa Chacel que concibió un momento «el plan de acercar al *partido anarquista* un grupo de intelectuales que mantuviese estrecha conexión con el movimiento popular, *pero enteramente abstenido de toda actividad política*». No creo que Rosa Chacel pretenda, seriamente, convencer a nadie de la posibilidad, hablando rigurosamente, de que un grupo de intelectuales estuviese en contacto con el *partido anarquista*, como ella define exactamente, aun sin quererlo tal vez o, al menos, en oposición al criterio de los mismos anarquistas, ya que efectivamente se trata de *un partido*, de una *fracción ideológica* del prole-



tariado español, y que, al mismo tiempo, estuviese «abstenido enteramente de toda actividad política». En todo caso se abstendría de *toda actividad política que no fuese la del partido anarquista*, o, afinando aún más, la del pretendido grupo de intelectuales. Porque, claro, y aquí sale a relucir de nuevo la vaguedad, si se entiende por política solamente la actuación en mítines o algo por el estilo, es posible eso que se dice. Pero si ese grupo hubiera tenido, como era su propósito declarado, la intención de influir sobre el pueblo español, de dar ciertas normas que se hubiesen estimado oportunas, de trazar, como se dice, «algún rasgo verídico de la conciencia, que sea inteligible y moralmente práctico para el momento actual», no sé yo cómo pueda eso conseguirse si no es a través de alguna política : precisamente de la que se emplease para conseguir ese propósito. En todo caso hay tal temor de *contaminación política* que no puedo comprender bien y, mucho menos, ahora, en España, que, quierase o no aceptar estas palabras, se lucha, entre otras cosas, por la posesión del *poder político* que cada cual (el fascismo o el pueblo) emplearía para sus propios fines que, naturalmente, no es necesario definir ahora por de sobra conocidos. Pero, en fin, por unas cosas o por otras, «perdió completamente el ánimo y optó, Rosa Chacel, según nos dice, por *alejarse de todo, prescindir de sus ambiciones de fundadora* e irse a París a trabajar en una relativa tranquilidad».

Aparte la amarga ironía que pueda poner al decir lo de fundadora, toda esa actitud, mucho más que cuanto pueda ella decir, sí que me parece definirla absolutamente, del modo más hondo posible, anárquica y tradicionalmente española en el sentido indolente y desolador de la palabra : al primer obstáculo con que tropieza, prescinde de todo, se aleja de todo...

\* \* \*

Y con esto entramos ya en el verdadero fondo de la cuestión. Porque aunque Rosa Chacel centra simultáneamente su escrito sobre la para ella triple identidad, anarquismo-cristianismo-hispanismo, no soy yo la persona llamada a recoger uno de esos aspectos de esa especie de triple alianza, que es el del «cristianismo-anarquismo», mucho más cuanto que José Bergamín, a quien, en forma de carta, se dirige este ensayo,



no necesita de valedores y sabrá, si quiere, mantener los puntos de vista que se le discuten. Por mi parte, es posible que sea excesivo querer recoger el otro sentido, ese que se quiere ver de identidad entre lo español y lo anárquico, pero confieso que no renuncio a intentarlo por lo menos. Y aún, excediéndome un poco de este campo que deliberadamente me señalo, querría advertir, de pasada, que, efectivamente, encuentro una relación directa entre el cristianismo católico español y el anarquismo. La última consecuencia de toda una represión católica, ferozmente encuadrada en una iglesia potentísima, debía ser, consecuentemente, en el período de descomposición de esa misma iglesia, en su fase más desoladoramente desintegrativa, una reacción de rebeldía, anárquica, con todas sus consecuencias de sentimentalismo nostálgico de la bondad del hombre, para enjuiciar una serie de fenómenos que no tienen nada que ver con eso, si no es en el sentido de la incorporación del fenómeno de descomposición histórico-social de esa misma iglesia a la crisis actual de la cultura burguesa. Cuando la iglesia deja de ser iglesia, asamblea de fieles que comulgan en un mismo sentido religioso, porque una claudicación de la iglesia a su posibilidad de poderío hace dispersarse a sus fieles, la exasperación del paraíso perdido en los más débiles, en los menos capaces de comprender al espíritu en las nuevas formas y circunstancias que asume, se resiente y se rebela. Y reacciona personalmente, directamente. Y puesto que su orden fracasa, el de su sensibilidad utópica y como consecuencia blanda, débil, resentida, niega toda posibilidad de orden fuera del suyo, mejor, de lo que cree *su orden*; porque si de verdad lo fuese, lo sería de verdad, por más que esto parezca lo de «la razón de la sinrazón», etc.

Pero dejando, por el momento, este aspecto, quiero decir aquí que se invoca con demasiada frecuencia (y tentado estaba de añadir: con demasiado impudor) el nombre de Unamuno para apoyar todo eso del anarquismo español, del individualismo español, etc. Es cierto que se ha preocupado mucho de esta cuestión, que ha sentido, quizás como nadie, viva y hondísimamente, con dramatismo sangrante, todo lo que a esto se refiere; pero esto no basta para deducir determinadas consecuencias que apoyen una tesis esquemática, porque si no caeremos en el cuento de los dos irlandeses cuando uno de ellos preguntaba al otro que



salía de la iglesia, y de escuchar el sermón, sobre qué había hablado el cura en él, y el que había estado en la iglesia contesta lacónicamente: del pecado. El primero se escandaliza, y, por fin, el otro, aclara: que el sermón había tratado del pecado, sí, pero para condenarle.

Pues bien; Unamuno ha hablado mucho sobre el individualismo español, pero veamos cómo.

En el ensayo «El Individualismo Español», después de definir como Unamuno lo hacía, esto es, radicalmente, y de aclarar que no es lo mismo individualidad que personalidad, dice:

«Mi idea es que el español tiene, por regla general, más individualidad que personalidad; que la fuerza con que se afirma frente a los demás y la energía con que se crea dogmas y se encierra en ellos, no corresponde a la riqueza de su contenido espiritual íntimo, que rara vez peca de complejo.»

Y más adelante: «En realidad pueden llegar a ser vituperables todas las pretensiones de singularidad y de formar uno aparte de los demás, pero se comprende que uno que discurrea, v. g., pretenda que se le tenga por el primer orador o por el primer escritor uno que escriba o por el primer cantante uno que canta. Lo que no se comprende es que una persona sin hablar, ni escribir, ni pintar, ni negociar asuntos, ni hacer cosa alguna, espere a que por su solo acto de presencia se le dipute por hombre de extraordinario mérito y de sobresaliente talento. Y, sin embargo, se conoce aquí en España—no sé si fuera de ella—no pocos ejemplares de esta curiosísima ocurrencia.»

Y en el mundo presente, hasta qué punto. Con referencia a la guerra y a la revolución todos los que no pintan, ni escriben, ni pinchan, ni cortan, ni hacen nada por que se gane, son más guerreros, unos, más revolucionarios, otros, más ansiosos de que la libertad se mantenga indemne de perniciosos contactos con todos los que trabajan o luchan o mueren por todo eso, que nadie.

«Este violento individualismo—sigue Unamuno—, acompañado de un escasísimo personalismo, es el que acaso explica mucha parte de nuestra historia. Explica la intensísima sed de inmortalidad individual que al español abrasa, sed que se oculta en eso que llaman nuestro culto a la muerte.»



Y ese violento individualismo de que habla Unamuno, que, en el fondo, no hay que engañarse, es el que defiende el anarquismo español como a su verdadero padre espiritual, es la enfermedad española, la infección que de siempre ha padecido España y que hace, en este sentido, cierta, completamente cierta, la identidad anarquismo-hispanismo, pero de tal modo, que hay que acabar con ella.

Hay que esperar que alguna vez vamos a lograr convencer a los anarquistas, cuya buena fe revolucionaria, en general, yo no puedo ignorar ni ignoro, de que toda su pretendida ideología es no sólo falsa, sino perniciosa, de que todos los puntos en donde se apoyan son peligrosísimos porque están carcomidos. Estoy, en fin, convencido de que España tiene curación y creo que hay que hacer todo cuanto sea posible por conseguirlo. Y, en este sentido, sí que querría muy de veras que se rompiese con la tradición española: como el tuberculoso querría acabar con su tradición de tuberculoso: sanando.

Porque ese individualismo que tanto se cuida, ese fondo anárquico que lleva latente todo español y cuyo mantenimiento tanto parece preocupar a Rosa Chacel, es el mismo, no lo dude, que ese del que dice también Unamuno: «ese mismo individualismo que se hace impositivo nos llevó al dogmatismo que nos corroe. España es el suelo escogido y abonado de eso que se llama integrismo y que es el triunfo del máximo de individualidad compatible con el mínimo de personalidad». Y también, aunque no lo haya dicho Unamuno, que no le cito aquí como oráculo, sino porque me parece justo lo que dice, porque creo que tiene razón, de eso que se llama hoy falangismo, ejército salvador, arriba España, etc. No es posible olvidar, por toda la sangrienta realidad que hoy ya tiene no para un partido, no para un criterio, sino para todos los españoles, eso del *individualismo español* cuando lo esgrimía Falange española so pretexto de combatir el *comunismo asiático*: porque al lado de ese comunismo nada asiático y tan español hoy, por lo menos, como cualquier ideología del pueblo español, al lado de cualquier comunista se baten hoy los socialistas, los anarquistas, los republicanos, etc., por la independencia material de España contra el individualismo... ¡alemán!

Pero sigamos aún con Unamuno en dos párrafos más: «Ahora—dice



—surgen dos cuestiones: la primera de cuál es el origen de ese individualismo, y la segunda de cuál sea su remedio, la cuestión etiológica y la terapéutica». Y al final, como contestación a estas cuestiones dice: «Los siglos hicieron a nuestros remotos ascendientes pastores y como pastores, les hicieron haraganes y vagabundos y disgregados y todas las demás cualidades que del ejercicio del pastoreo se derivan; el tiempo, la vida urbana y civilizada, las necesidades que la concurrencia industrial y mercantil imponen hoy, el progreso, en fin, modificarán ese fondo, ¿cabe acelerar esa obra y por qué medios? Esto ya es otra cuestión».

Como se ve, el pensamiento de Unamuno, en cuanto a definir lo de individualismo español, tesis de la que sale la otra, la de que al ser los españoles individualistas deben ser políticamente anarquistas, no es tan evidente como para invocarle dando por sobrentendido que es así. Ese individualismo zoológico y esa su ausencia casi absoluta de emociones sociales nos resulta hoy algo tan monstruoso, que no es posible que España siga adelante si antes no se desprenden los españoles de ese lastre que ha hecho que cada uno se piense a sí mismo pieza insustituible en el mecanismo total del universo.

Afortunadamente se ha iniciado un proceso de acabamiento y abandono de ese peso muerto porque hoy, cada vez más, «se precisa un sentimiento de la vida colectiva para ampliar, enriquecer y multiplicar al individuo», como dice un gran escritor revolucionario y «se entrevé un porvenir en el que la colectividad, lejos de mutilar al individuo, le asegurará su desarrollo completo que será la condición misma de su propia grandeza».

Porque hay que suponer que «la marcha del desarrollo de la cultura, como dice Gorki, si ha de entenderse por tal el progreso ulterior de las ciencias, del arte, de la técnica y, por consiguiente, y paralelamente, la humanización del hombre, no puede detenerse porque en vez de ser obra de docenas de miles de individuos sea producto de la muchedumbre formada por millones de hombres». Y para Unamuno, ya hemos visto esa interrogación final en la que se para, al preguntarse: «¿cabe acelerar su obra (la del progreso con relación al individualismo morbosó) y por qué medios? A lo que no ya un partido, sino todo el pueblo espa-



ñol, ha contestado, contesta, afirmativamente, con su conducta de solidario heroísmo, de extraordinario sacrificio fraternal.

Volviendo a Rosa Chacel, parece como si padeciera una comezón de independencia y libertad que la hace pensar, como ya otra vez he dicho, que cuanto no es pensar como ella significa hipocresía, insinceridad, etc.

«¿Acaso te encuentras, dice, entre los intelectuales que se han impuesto una especie de consigna para soslayar toda complejidad de pensamiento que pueda ser dificultoso para el desarrollo de los hechos políticos?» Queríamos saber quiénes son esos intelectuales por Rosa Chacel aludidos y dónde están, porque si no siempre cabrá la confusión y la ambigüedad de que se involucre en esa categoría simplemente a los que no están de acuerdo con ella. Pero sigamos adelante: «a los que supeditan la vida del espíritu a la política, y también a los que se esfuerzan en preparar un plano político benigno al espíritu»; «el que vive la vida del espíritu no puede en pureza hacer más que pensar derecho y no temer nada».

Pero resulta que tanto teme Rosa Chacel a esos temores del espíritu que no puede concebir ninguna otra actitud; por ejemplo ésta: la que supone una absoluta coincidencia de la inteligencia política, de la táctica, encarnada en un íntimo aliento poético de recatada esperanza en el hombre; una adecuación perfecta entre el sentimiento del espíritu y la simultánea necesidad sentida de librarle, no de peligros por omisión, sino de acciones y agresiones que el fascismo hace al espíritu.

«Porque si no tal vez caeríamos en ese culto muy noble, pero impotente, del espíritu como si existiese un espíritu planeando por encima de las disputas y de las miserias humanas» o si no en ese otro aun peor del «espíritu» de Falange Española que consiste en que los obreros espiritualizados por ella se olviden de su salario, de su libertad y queden verdaderamente espiritados.

Y por lo demás, con todo eso de «roja y negra afirmación de la cálida sangre hermanalmente unida al oscuro misterio», aparte de no ser nada, sino metáfora literaria artificial y fácil, susceptible de repetirse con toda la gama de colores, no hay que olvidar que esos colores son los del anarquismo, sí, pero también los de Falange Española. Y Giménez Caballero, que empezó a hablar del nacional-sindicalismo dando



mucho sentido *genuino* a sus palabras es hoy, según parece, Ministro en Burgos. Naturalmente, considero a Rosa Chacel alejada por completo de ese peligro, pero no, en absoluto, a un posible lector inocente que encuentre en la, para mí, evidente confusión de este ensayo punto de referencia desordenada para su propia, posible confusión. Porque todo lo que sea hoy hablar, no ya sin claridad suficiente, sino sin rigurosa exactitud de concepto, precisando, al definir, todos y cada uno de los matices de lo que se quiere señalar, nos parece hoy realmente peligroso, pero no en nombre de una como *censura eclesiástica* que Rosa Chacel parece aludir, sino por la propia oscuridad que significa para el que así se manifiesta en medio de una tan apasionante lucidez con que hoy lucha el pueblo español.

Libertad, sí, libertad absoluta y verdadera para el pensamiento. Pero sin olvidar que esta misma libertad de pensamiento no ha sido ni concebida ni conquistada en un ámbito de libre desquiciamiento sin perfiles que la limiten y definan. Libertad que implique la necesaria resistencia para que su actuación encuentre la propia ley física de su ejercicio.

Me acuerdo de algún ejemplo leído en algún libro que no puedo precisar cuál es, sobre las reflexiones que una paloma se hacía sobre su vuelo; y pensaba lo extraordinario que era volar, y para ampliar esta sensación de posesión del espacio se proponía, a sí misma, suprimir el aire, la resistencia a lo que ella creía el libre juego de sus alas. Pues bien, que no ocurra lo mismo con la libertad, que de puro querer ser libre, olvide su propia ley de existencia, su término de referencia, si no quiere caer en una libertad tan absoluta, tan amplia, que se niegue a sí misma al no saber a qué ha de referirse. Libertad, sí, pero concreta, referida a algo, a una organización de esa libertad que refleje su propia medida. ¿Y por qué España, que nunca ha podido alcanzar esto a causa de su feroz individualismo que hacía que la libertad de cada uno estorbase al libre ejercicio de la libertad de los demás por entender que la suya consistía en hacer su *santísima voluntad* va a renunciar a superarse superando lo anárquico de este concepto?

El anarquismo o la anarquía, ciertamente, han sido conceptos implicados en la condición de español. Pero esto ha ocurrido, justamente,



en aquella parte de nuestro pasado que nos estorba para la realización de nuestro porvenir.

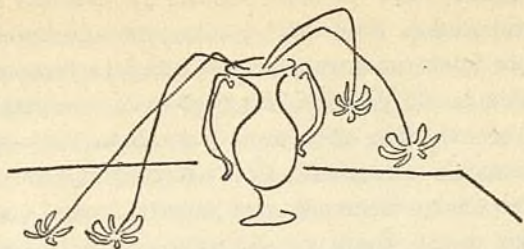
¿Por qué esa obstinación en conservar un defecto? También se puede definir lo español, al menos en ciertas épocas, por lo mezquino y sordido de su vida, y ¿vamos a decir que hay que conservar la mezquindad y la sordidez? Evidentemente, no. En este sentido, como en otros muchos, hay que romper con el pasado para poder continuar la tradición. «Muchas cosas del presente forman ya parte del pasado, del peor de los pasados», y los intelectuales menos que nadie pueden permitirse hoy el no hablar claro con respecto a ellas, puesto que efectivamente, hoy, «hay quien oye».

El escritor vuelve a ocupar su puesto entre millones de hombres en marcha, vuelve a ser *útil* de acuerdo con sus posibilidades; y es útil a la revolución, que se realiza ineludiblemente, con toda la dignidad que ha tenido en los mejores momentos del mundo, del hombre. Todo lo que sea oponerse a la revolución al como ésta es, realmente, es oponerse a que las cosas sean como son. Lo que real y metafísicamente, si se quiere, es un absurdo, porque la mayor razón para la existencia de las cosas es, en cierto modo, su existencia misma.

Y la realidad, en España, es que la revolución organizada la hace todo el pueblo organizado y, muy especialmente, la clase obrera organizada. Y, además, que esta revolución, significa el agotamiento, afortunadamente, y cada día más, del anarquismo indolente e individualista de todo el pasado español. Precisamente porque el pueblo español quiere de nuevo incorporarse a su historia, comprende cada vez más que para hacerlo tiene que prescindir de cierta parte de su historia, tiene que hacerlo como totalidad integrada y no como individualidad corroída.

ARTURO SERRANO PLAJA





# F E D E R I C O

A Federico se le ha comparado con un niño, se le puede comparar con un ángel, con un agua («mi corazón es un poco de agua pura», decía él en una carta), con una roca; en sus más tremendos momentos era impetuoso, clamoroso, mágico como una selva. Cada cual le ha visto de una manera. Los que le amamos y convivimos con él le vimos siempre el mismo, único y, sin embargo, cambiante, variable como la misma Naturaleza. Por la mañana se reía tan alegre, tan clara, tan multiplicadamente como el agua del campo, de la que parecía siempre que venía de lavarse la cara. Durante el día evocaba campos frescos, laderas verdes, llanuras, rumor de olivos grises sobre la tierra ocre; en una sucesión de paisajes españoles que dependía de la hora, de su estado de ánimo, de la luz que despedieran sus ojos; quizá también de la persona que tenía enfrente. Yo le he visto en las noches más altas, de pronto, asomado a unas barandas misteriosas, cuando la Luna correspondía con él y le plateaba su rostro; y he sentido que sus brazos se apoyaban en el aire, pero que sus pies se hundían en el tiempo, en los siglos, en la raíz remota de la tierra hispánica, hasta no sé dónde, en busca de la sabiduría profunda que llameaba en sus ojos, que quemaba en sus labios, que encandescía su ceño de inspirado. No, no era un niño entonces. ¡Qué viejo, qué viejo, que «antiguo»; qué fabuloso y mítico! Que no parezca irreverencia: sólo algún viejo *cantaor* de fla-



menco, sólo alguna vieja *bailaora*, hechos ya estatuas de piedra, podrían serle comparados. Sólo una remota montaña andaluza sin edad, entrevista en un fondo nocturno, podría entonces hermanársele.

No hay quien pueda definirle. Su presencia, comparable quizá, sólo y justamente, con el tifón que asume y arrebató, traía siempre asociaciones de lo sencillo elemental. Era tierno como una concha de la playa. Inocente en su tremenda risa morena como un árbol furioso. Ardiente en sus deseos como un ser nacido para la libertad. Y tenía para su obra futura un instinto tan primario de defensa, que no puede por menos de traerme la memoria de un genio: Goethe. Con una diferencia, y es que Federico era incapaz de la fría serenidad con que aquel júpiter encadenó el complicado mecanismo de sus instintos y pasiones y lo redujo a ruedas dentadas al servicio de su rendimiento intelectual. En Federico todo era inspiración, y su vida, tan hermosamente de acuerdo con su obra, fué el triunfo de la libertad, y entre su vida y su obra hay un intercambio espiritual y físico tan constante, tan apasionado y fecundo, que las hace eternamente inseparables e indivisibles. En este sentido, como en otros muchos, me recuerda a Lope.

En Federico, que pasaba mágicamente por la vida al parecer sin apoyarse; que iba y venía ante la vista de sus amigos con algo de genio alado que dispensa gracias, hace feliz un momento con su presencia y escapa en seguida como la luz, que él se llevaba efectivamente; en Federico se veía sobre todo al poderoso encantador, disipador de tristezas, hechicero de la alegría, conjurador del gozo de la vida, dueño de las sombras, a las que él desterraba con su presencia. Pero yo gusto a veces de evocar a solas otro Federico, una imagen suya que no todos han visto: al noble Federico de la tristeza, al hombre de soledad y pasión que en el vértigo de su vida de triunfo difícilmente podría adivinarse. He hablado antes de esa nocturna testa suya, macerada por la Luna, ya casi amarilla de piedra, petrificada como con un dolor antiguo. «¿Qué te duele, hijo?», parecía preguntarle la Luna. «Me duele la tierra, la tierra y los hombres, la carne y el alma humana, la mía y la de los demás, que son uno conmigo».

En las altas horas de la noche, discurriendo por la ciudad, o en una tabernita (como él decía), «casa de comidas», con algún amigo suyo,



entre sombras humanas, Federico volvía de la alegría como de remoto país a esta dura realidad de la tierra visible y del dolor visible. El poeta es el ser que acaso carece de límites corporales. Su silencio repentino y largo tenía algo de silencio de río, y en la alta hora, oscuro como un río ancho, se le sentía fluir, fluir, pasándole por su cuerpo y su alma sangres, remembranzas, dolor, latidos de otros corazones y otros seres que eran él mismo en aquel instante, como el río es todas las aguas que le dan cuerpo pero no límite. La hora muda de Federico era la hora del poeta, hora de soledad, pero de soledad generosa, porque es cuando el poeta siente que es la expresión de todos los hombres.

Su corazón no era ciertamente alegre. Era capaz de toda la alegría del universo. Pero su sima profunda, como la de todo gran poeta, no era la de la alegría. Quienes le vieron pasar por la vida como un ave llena de colorido, no le conocieron. Su corazón era como pocos apasionado, y su capacidad de amor y de sufrimiento ennoblecía cada día más aquella noble frente. Amó mucho, cualidad que algunos superficiales le negaron. Y sufrió por amor, lo que probablemente nadie supo. Recordaré siempre la lectura que me hizo, tiempo antes de partir para Granada, de su última obra lírica, que no tenía terminada. Me leía sus *"Sonetos del amor oscuro"*, prodigio de pasión, de entusiasmo, de felicidad, de tormento, puro y ardiente monumento al amor en que la primera materia es ya la carne, el corazón, el alma del poeta en trance de destrucción. Sorprendido yo mismo, no pude menos de quedarme mirándole y exclamar: «Federico, qué corazón: cuánto ha tenido que amar, cuánto que sufrir.» Me miró y me sonrió como un niño. Al hablar así, no era yo probablemente el que hablaba. Si esa obra no se ha perdido, si para honor de la poesía española y deleite de las generaciones hasta la consumación de la lengua, se conservan en alguna parte los originales, cuántos habrá que sepan, que aprendan y conozcan la capacidad extraordinaria, la hondura y la calidad sin par del corazón de su poeta.

VICENTE ALEIXANDRE



# PASIONARIA

Vas con tu voz de alma abierta en rosas  
Vas en tu voz a todos los dolores y todas las esperanzas  
Y llenas de madre el mundo  
Te deshojas en fe y en entusiasmo y en piedad  
Tus pétalos cierran las heridas  
Y perfuman las lágrimas tan huérfanas como la pluma  
    que se cayó de una gaviota al mar  
Vas con tu voz y tus pétalos dulces  
Vas haciendo nidos con tu mirada llena de ángeles  
Vas vestida de gloria junto a la muerte coronando muertos  
Vas vestida de fuego junto a la vida despertando vida  
Llegas primero como noticia de alba  
Como nacer de un niño sol sobre miles de brazos extendidos  
Llegas como el barco que trae tesoros y luz de islas remotas  
    y rumores de grandes ríos en lucha con océanos feroces  
  
Es preciso sacudir al cielo  
Y despertar los mares y decirles todo lo que está pasando  
Es preciso informar a las estrellas cuando bajan más cerca  
O cuando una voz sube más alta  
Hora es que el destino se haga carne y cálido prodigio  
Tierra nuestra tierra España Pasionaria  
Voz visible como inscripción de sueño  
Voz en forma de luz ansiosa  
En forma de agua para la sed y de pan para el hambre



Dolor de los siglos pasados  
Para crear la alegría de los siglos futuros

Mujer de España labio de las tierras ofendidas  
España en carne y nido y árbol  
De qué honduras vienen tus escalofríos  
Qué molinos de viento se hicieron arco-iris  
Y qué alas batían el tiempo en tu garganta  
Para que no se sintiera su dureza  
Eres el hada de corazón interminable  
Eres la cuna de las edades luminosas trepando al horizonte  
Vas tan serena con tu destino a cuestras y tantos otros destinos  
sobre un camino de sangre con tu canasta de plumas  
suaves

Allí donde se mezcla la muerte con la vida  
Apareces y estrujas tus racimos sobre las bocas de piedra  
comenzada

Tiendes las alas y sonríes de ternura sobre los ojos que van  
a hacerse estrellas de su gloria

Qué viento de muerte absorbes  
Qué viento de vida exhalas

Mujer con la garganta llena de paisajes doloridos  
Mujer de tierra firme y cielos hinchados de optimismo  
Mujer de terciopelo y armaduras  
Naciendo en cada ensueño visible en toda herida  
Cruzada de palomas y de truenos  
Vas y te acercas y todas las alas llegan  
Y todas las bocas cantan en la marea que sube  
El dolor de los tiempos pasados  
Para crear la alegría de los tiempos futuros.

VICENTE HUIDOBRO.



# ESTANCIA EN LA MUERTE

## CON FEDERICO GARCIA LORCA

### I

#### PERDIDA

No te llegan las manos.

No te llegan las manos,  
donde tu piel lejana  
te incorpora a los vientos  
que ni el sueño conoce.

No te llegan las manos,  
a la oscura ventana  
donde mueren las sombras.  
No te llegan las manos.

Mis brazos se prolongan,  
como la voz profunda  
que te busca en el mundo:  
¡Qué vuelos por tu ausencia!

Mis brazos se prolongan  
pero no encuentran nunca,  
ni el término del cuerpo,  
ni el dolor de sus límites.



No te llegan las manos.

No te llegan las manos  
y tú mismo te buscas,  
porque todos te llaman  
y ya no reconoces  
la estrella de tu carne.

No te llegan las manos.

Mira, mira en el suelo.  
Mira estas duras peñas  
donde el dolor y el hombre  
se desnudan y olvidan.

Mira, mira la rosa  
junto a la impura guerra  
levantar defendiendo  
su efímera persona.

No se oculta a sus pétalos,  
ni a la piel de los toros,  
la huída de tu canto  
y tu sangre en la arena.

Mira, mira en el suelo.  
Mira esta enorme playa.  
Como niños buscamos  
la concha de tu nombre.

Como niños andamos  
buscándote en la orilla



bajo esta noche hueca,  
sin alma, del silencio.

Mira, mira en el suelo.

No te llegan las manos,  
pero llega la espuma  
que como el mar tan lento  
avanza de tu muerte.

No te llegan las manos.  
Mira, mira hacia el suelo.

No te llegan mis manos  
y ya en su cabos últimos  
ondean mal mis ojos,  
casi sin esperanza.

## II

### BUSCA

Tu muerte me repiten; el nombre de tu ausencia,  
y apenas si detienen su voz por conocerte.  
¿Manejado está el viento por el antojo humano  
que ya en él ni pregunta si tu cuerpo reside?

Bajo su piel violenta que hoy la guerra domina  
o el silencioso límite redondo de una lágrima,  
la palabra construye la rosa de tus glorias,  
sin conocer apenas el color de tu mano.



Yo sé que junto al agua el imán de tu brújula,  
hace girar sus índices hacia el dulce horizonte  
donde el pan y el azúcar con el carbón y el aire  
alzan bella la aurora porque el hombre trabaja.

Pero miro la tierra; quizás no ha conocido  
un dolor más profundo cuando tú la pisabas.  
Miro rotos los cauces desangrarse en su pecho,  
donde levanta el árbol su soledad de mártir.

¿Qué paisajes se encienden debajo de tus pulsos?  
Sentí los misteriosos sabores de tu savia  
y sé que hoy en la tierra sólo tu dolor fluye,  
pero no sé seguirte a través de su forma.

Es verdad que te niegas cuando el tiempo te llama;  
cuando la voz te busca necesaria en la sombra;  
que la muerte se viste con la ausencia en tu sangre,  
pero yo te presiento de nuevo por mi frente.

Los que no te conocen me llevan a tu alcance;  
los que nunca supieron que tu sangre gemía.  
Me repiten tu muerte los que no te conocen.  
Si estás y eres espacio, hermano, canta el cielo.

### III

### ENCUENTRO

Basta cerrar mis ojos para entrar en mi muerte,  
que el mundo ha terminado su límite en mis ojos.  
Basta cerrar mis ojos: vuelto de espalda al tiempo, me imagino  
hallarme nuevamente con la vida que pierdo.



No es que del sueño surja mi sangre iluminada  
cuidadosa y activa a levantar sus cuerpos de la sombra;  
es que la vida misma me persigue hacia dentro  
y emplazada en mis ojos lucha con su infinito.

Por fuera queda el mundo, su noche involuntaria,  
como un gran cielo muerto que enterrara mi vista,  
mientras que caminando mis pulsos en silencio  
buscan por mi memoria campos para su suerte.

Basta entrar en mi muerte para salir de nuevo.  
Basta cerrar mis párpados para entrar en mi cuerpo.

Basta cerrar mis ojos:

Allí queda la tierra

conmigo en pie clavado bajo el negro universo  
y aquí mi sangre alumbra su límpida existencia  
y el misterio en que labra la eternidad más íntima.  
Allí la guerra agita árboles y edificios;  
dentro la luz pregunta constante por los nombres.  
Basta cerrar mis ojos para entrar en mi muerte  
donde termina el cuerpo sin que avance el olvido.

¡Oh soledad sin viento!  
Basta cerrar mis ojos para nacer despierto,  
sin límite de sangre y sin dolor de origen.

Cerrad, cerrad mis ojos;  
quiero hallarme presente,  
bajo la tierra oscura que con mi piel limita.  
Quiero quedarme en medio, fruto solo del mundo,  
flotando por los cielos bajo su hueca altura.



Cerrad, cerrad mis ojos a la vida sin dicha;  
quede abierta mi carne a la muerte infinita.

## IV

## PERMANENCIA

Aunque la luz te niega desertando tus límites  
y no entibia tu sangre contra el cielo sus tactos;  
aunque tu voz no eleva los ecos que la aguardan  
marchitando en la piedra que enmudece en tu olvido.

Aunque el alto lucero cumpliendo su mensaje,  
noche tras noche enciende sin rozar con tu sombra,  
precisando en el tiempo su temor cotidiano:  
¿pueden gemirte ausente los bordes de mis pulsos?

Jamás podrá perderte la tierra de mi cuerpo,  
que pisas los caminos de su latir profundo.  
Basta cerrar mis ojos para que te levantes:  
si el viento te ha perdido, mi sangre puede hallarte.

Basta cerrar mis ojos; que si estás en la muerte,  
sólo de esta manera yo muerto te figuro:  
conmigo caminando pulso a pulso hacia dentro,  
mientras fuera te cantan los que no te conocen.

---

El hombre en las cenizas del mundo se deshace;  
su nombre queda entero bajo el sueño del aire.

EMILIO PRADOS.



# PALABRAS EN EL FUEGO

Muéranse para siempre los humildes,  
los pobres propietarios del orgullo,  
los señores, los amos de la sangre y del pan.  
Los que no vieron nunca,  
con verdaderos ojos el surco de la luna,  
y al herrero guardar  
el ligero galope de los potros.

No haya más en España,  
tenderos, mercaderes, literatos,  
de refinado gesto y alma repujada.  
El pastor de purísimos ojos,  
el poderoso cantero,  
la soleada airosa segadora,  
y el albañil sencillo,  
declaran por mis labios:  
Ha de ser todo tan claro como el agua,  
tan noblemente libre como el vuelo,  
como la soledad del alcotán.  
Tan viril la alegría, señorial el dolor,  
como lo fué en aquellos camaradas eternos  
que habitan hoy la muerte.  
Todo será hermanado de sangre diferente y latido común.

Mueran,  
púdranse los maestros y los indiferentes,



los inútiles, turbios, sacerdotes del ocio,  
diariamente aburridos de su graznar constante  
de caprichosos pavorreales decadentes.  
Púdranse,  
no gocen nuestro aire, no se acerquen  
a yantar nuestro pan y nuestra leche,  
a beber nuestro vino.  
Con sus podridos dientes no vengan a gustar  
el sabor conquistado de nuestros alimentos  
aquellos que no saben del dolor y el cansancio,  
la soledad poblada por hermanos ya muertos,  
el esfuerzo común que hace crecer el pan,  
la libertad gloriosa,  
el suelo de la patria con hombres, ciudades y cosechas.

## A UN JOVEN HÉROE

### I

El sabor de la gloria es el del trigo  
y eterna y pura es luego su memoria.  
Así es el pan y la palabra, el vino  
del héroe, gozados en su aurora.

### II

Al claro sol de julio y al noviembre  
tan sordamente frío, comandante.  
Por el cielo brillante, el aire fino  
de Madrid, ciudad de sangre.



A la luz de Castilla vi tu luz  
clara de sacrificios y de gloria.  
Eras tan alto, tan arrebatado  
como los chopos de encendida sombra.

Con alto trigo, bajo balas ciertas,  
tu nueva risa moza resonaba.  
En tu cuerpo ligero vi la gracia,  
la alegría viril, sola, de España.

Eras sólo un muchacho, comandante,  
de sangre capitana, voz de mando,  
alma de bailador predestinada  
al baile de la muerte; y a tu paso,  
un pueblo de valor y pies ligeros,  
una generación abanderada  
por el pulso, la sangre prestigiosa  
que da poder y gloria y luz a España.

### III

Muerto, tu vida enamorada,  
a tu pasión y gloria no da fin:  
que presa la lleva, de tu asombro,  
tu enamorado, luminoso morir.

### H O Y

Desvelado de velar, perdida el alma,  
vagabunda por campos incendiados,  
llevo la muerte en mí, desesperada,  
de ver que mi esperanza no ha quemado.



Ardido estoy de pólvora que grita,  
y de pinos mordidos y trigales  
en los que el viento calla ahora su lira  
y van sin luz y sin romero el aire.

El tiempo no se quema, es su medida,  
es el espacio, como el reloj, quien arde.  
Son los vaqueros, la ganadería,  
mas su historia no cesa de contarse.

Desvelado de velar, por ser yo mismo,  
llama que no se incendia porque es luz,  
lo que conmueve mi sangre y administra,  
el calor de mi mano, mi salud.

No detiene mi vuelo, mi esperanza,  
la muerte extraña que derrumba el aire.  
Ni me aparta la senda, la llamada,  
de varones perdidos por cobardes.

Tanto monte quemado, los rebaños,  
nunca solos se van, nunca se pierden,  
si no es que los pastores se acostaron  
cuando el alba prohibía que durmieren.

Desvelado de velar, hoy, por España,  
voy por las puras tierras de pastoreo,  
los ríos sin orilla, los libertados campos,  
donde sólo varones pueden andar su cielo.

LORENZO VARELA.



# TESTIMONIOS

## *ESPAÑOLES FUERA DE ESPAÑA*

Habíamos salido de Dakar la noche antes. Era de mañana y por el barco corrían rumores, palabras sueltas, «los españoles», «son los españoles», decían con mezcla de sorpresa, obscura admiración y miedo. Sí, eran en efecto los españoles que vuelven a atravesar el mundo como algo insólito, como algo extraordinario y difícil de comprender, que llama a las puertas de la cómoda inconsciencia en que tantas y tantas gentes de hoy todavía viven, algo que despierta al mundo de su gran letargo y plantea una cuestión difícil y peligrosa, una cuestión que por mucho que se quiera eludir está ahí, cada vez más viva y llameante, que se filtra por todas partes, hasta en el cómodo pasaje de un barco cargado de gentes que vienen a Europa—a la terrible Europa—«a divertirse», sin más.

Allí estaban los españoles. Eran casi una centena y habían subido a la madrugada dando la vuelta al muelle según orden del capitán. A la clara luz del amanecer alguien había visto la escena. En el puente de tercera todos reunidos alzaron el puño y gritaron ante el responsable de la expedición un sereno y altivo ¡viva España republicana! Unas breves palabras que todos escucharon y el barco, ennoblecido con tan preciosa carga, entró en el mar.

«Pero ahora en cuanto Franco se entere nos mandará los aviones», susurraban prudentes caballeros, y alguna dama mientras tejía su interminable jersey azul. «¿Cómo el comandante ha consentido embarcar a esos hombres?» El miedo estiraba las caras y levantaba absurdos presentimientos en aquellos rostros hasta entonces inexpresivos que comenzaban a mirarnos—nosotros también éramos españoles—de reojo. Miedo, recelo, egoísmo en guardia, todo menos el más leve gesto de simpatía humana, menos el más ligero asomo de solidaridad. Seco egoísmo en guardia el sentir en peligro su viaje de diversión a Europa. Allá arriba, nada más.

Era abajo, en los sórdidos comedores de tercera, en el pequeño puente entre cordeles y grúas, entre el sudor de la fatiga y el soplo de las máquinas donde habitaba la solidaridad. La simpatía, el sentido fraternal del prójimo iban naciendo con naturalidad. Los marineros, ojos abiertos, con ese aire de asombro que tiene siempre el marinero cuando se le



habla, escuchaban; emigrantes de todas las razas, algunos italianos, trataban de comprender el suceso de aquellos hombres, trataban de penetrar en el fuego reconcentrado que se escapaba de los ojos de algunos, el sentido del silencio de otros, lo que les había movido a todos a arrancarse de los arenales de Villa Cisneros, y ese hondo empeño silencioso de regresar a España como llamados por una inexcusable urgencia, ese sello de destino que brillaba en sus frentes. A retazos entremezclados, fueron contándonos lo sucedido.

El grupo de españoles era complejo; venían marineros, soldados, algún sargento, un periodista, un dibujante de *Gaceta de Arte*, un alcalde de un pueblecito, Orotava, «que no quiso ceder su vara a Franco»—magnífico Pedro Crespo de hoy—, campesinos... Políticamente la complejidad era igual: comunistas, socialistas, republicanos, otros pertenecientes solamente a sindicatos. Y daba la sensación de que todos se habían ya olvidado un poco de a qué partido pertenecían, sumergidos en una solidaridad profunda forjada en varios meses de común angustia, en la hazaña entre todos realizada. Unó me decía: «yo, ¿sabe usted?, siento dentro de mí que España crece, crece y va a llegar no sé dónde, adonde no ha llegado nunca, y yo quiero ir con ella».

Ese grupo tan mezclado, había tenido su origen en veintitrés hombres que, a los pocos días de su criminal levantamiento, Franco había llevado desde Canarias a Villa Cisneros, donde empleados en trabajos forzados y sufriendo los rigores de la sed, la angustia y el hambre pasaron terribles meses. Sobre ellos sentían una amenaza de muerte, «porque su presencia en aquel fuerte constituía una papeleta difícil». Rodeados de una «mía» de Regulares que los aislaba de los soldados españoles que tenían prohibición de pasar a menos de quinientos metros de ellos, pasaban los días en rudos trabajos sintiendo revolotear a su alrededor las negras alas de una muerte oscura.

Pero un lazo sutil de hermandad iba apretando la vida de aquellos hombres con la existencia de aquellos otros, sus guardianes. Los temores de la oficialidad facciosa eran bien fundados, pues, al fin, el semejante reconoce siempre al semejante, por mucho que pretendan enmascarárselo. El sargento que mandaba la «mía» de regulares iba sintiendo día a día abrirse paso en su conciencia la verdad de aquellos hombres a quienes la propaganda fascista pintaba con las más desalmadas calumnias. Al fin comprendió, pero no encontrando el valor necesario para unirse a su común destino, y no queriendo tampoco por imperativo de esta hermandad que sentía crecer en su sangre, cumplir las órdenes de fusilamiento que tenía, abandonó su puesto. Otro le sustituyó, que comenzó a sentirse inmediatamente cautivo de la justicia que emanaba de sus prisioneros.



Pueblo al fin, aunque sin el ímpetu heroico, estos desgraciados servidores de las huestes franquistas no son capaces de resistir la presencia leal, la mirada verdadera que siempre sentirán como una acusación, de estos magníficos españoles que, envueltos en su dignidad, ignorantes de lo que pasaba en España, sin más noticias que las falsas fascistas que hasta ellos hacían llegar, no daban crédito sino a sus corazones.

Y una noche que supieron la llegada de un barco con víveres para los oficiales, decidieron serenamente—tal impresión causaba la naturalidad del relato—la evasión. Con la ayuda de ocho soldados, a quien sólo «mirando a los ojos» habían reconocido como hermanos, se adueñaron de toda la compañía de soldados, de toda la oficialidad y del barco con toda su dotación. Solamente un muerto, dos: el comandante que mató a un prisionero cuando lo iban a detener y que cayó fulminantemente al suelo por catorce pistolas que lo apuntaban, las únicas que había.

Después, todo fué sencillo, natural. La tripulación del barco considerado histórico por los fascistas por haber salido en él el 18 de julio el siniestro Franco, sintió la llegada de los prisioneros como su liberación. «Mandaron a los oficiales, que no les quisieron acompañar, en botes, «no murió ni uno, ¿para qué?», y llegaron a Dakar, y en Dakar el estremecimiento, el revuelo «los españoles, los españoles». Unos decían son unos piratas, «¿cómo las autoridades consienten?», al igual que los cómodos pasajeros de primera clase del barco en que juntos regresábamos a nuestra España. Pero la solidaridad magnífica vino a su encuentro y pudieron esperar la decisión del Gobierno de la República de reintegrarlos a esta España en la que, envueltos en la niebla, en la negra niebla fascista, jamás dejaron de creer.

¡Espanoles fuera de España! Hoy no se llega a ningún rincón del mundo que no vibre estremecido por algún puñado de verdaderos españoles que lo han asombrado con sus hazañas. Y a las hazañas pertenece como lo mejor de ellas, como lo que las da su inconfundible estilo, esta serenidad, esta humanidad, este heroísmo natural, este sentido de la justicia y esta fe inverosímil, que crece y se agiganta como una llama en la obscuridad de los calabozos, en la soledad de los desiertos, en la angustia de la lejanía; todo esto que hemos visto resplandecer en las frentes de estos hombres reconcentrados, que una mañana en costas de Africa nos despertaron con sus gritos de aurora: «¡Viva España republicana! ¡Viva la Libertad!».

Y por los puertos y por los mares nuestros barcos de guerra, con su bandera a veces ennegrecida del viento de los océanos, del humo de las chimeneas. Una bandera. Una bandera ha sido para nosotros hasta ahora, un tópico, una convención sin contenido real. Pero unidos a estos españoles, pasando por costas extrañas y a veces hostiles, entre la



sonrisa irónica de los pasajeros de primera y la honda fraternidad de la marinería, hemos sabido lo que esa bandera hoy significa, y la sangre ha acelerado su paso por las venas y la voz ha querido llenar el espacio, la redondez del mundo, gritando con ellos: ¡ Viva España ! ¡ Viva la Libertad !, sintiendo la verdad tangible y real, la evidencia que nada podrá destruir, de que nuestro pueblo lucha por todos los pueblos del mundo y que ellos lo saben.

MARIA ZAMBRANO



# COMENTARIO POLITICO

## *LA DIMISIÓN DE LAS DEMOCRACIAS*

La política internacional sigue siendo maquiavélica, no en el sentido enrevesado que suele darse a esta palabra—nada tan sencillo como la política vista por Maquiavelo—, sino en su verdadero sentido, esto es : por su crudeza.

Veamos lo que, ante la rebelión de Franco, nos han dicho (porque nos lo han dicho con hechos más que con palabras) crudamente Inglaterra y Francia, sus Gobiernos, sus opiniones dominadoras, a los españoles fieles a España y a la República que, siguiendo la historia ineludible de España, nos habíamos dado.

Puede resumirse así :

—¡ Ah !, estos buenos españoles, ¡ qué lástima ! Con lo hermoso que es vuestro país, a pesar de sus páramos, y lo bien situado que está. Con las magníficas condiciones personales que tenéis y habéis mostrado tantas veces en vuestra historia. Pero estáis muy atrasados ; sois ignorantes ; vivís al margen de Europa ; no os comprendemos ni sabemos lo que queréis con vuestras luchas : ¿ lo sabéis vosotros ? Parece que sólo tenéis ese gusto por la sangre que cultiváis en vuestra fiesta deslumbradora de los toros. Sois artistas refinados como pueden serlo los pueblos primitivos y los caídos, pero no sabéis vivir, ni siquiera sabéis comer ; no sois políticos. La República, la democracia, os vienen muy anchas, os escurris ; sois extremistas y demagogos : ¿ cómo queréis que nos comprometamos con vosotros ? Nuestra democracia y nuestra República son otra cosa. Tenemos que salvarlas aunque a vosotros os aplaste Franco.



Como tenemos que salvar nuestros intereses en España. Unos y otras bien valen que nos entendamos con Franco o con quien sea, llegado el caso. Sí, ya lo sabemos, Hitler y Mussolini están detrás de los generales españoles. Por eso queremos neutralizar su influencia. Además, hace tiempo que hemos transigido y estamos dispuestos a entendernos con Hitler y Mussolini. Tenemos que salvar nuestra pacífica democracia en nuestro propio país. ¡La paz! ¡Ante todo la paz! ¡Dejadnos en paz! (Más crudo en francés: «Foutez-nous la paix»).

Esto es lo que nos dice la democracia francesa.

Y la democracia inglesa nos viene a decir lo mismo con otras palabras:

—Vosotros, los latinos, siempre os estáis peleando. Parecéis irlandeses. Pero habéis caído mucho, estáis peor educados que los irlandeses. Sois incapaces de comprender la dureza y la crueldad fríamente: el crimen considerado como un acto de buena educación. Hay que teneros a raya. En un régimen intermedio. Si fuese posible, con un rey mejor educado que aquel sinvergüenza de Alfonso XIII, que ha tenido que refugiarse en la corte de Mussolini porque en la nuestra no era presentable. A Mussolini también le va a llegar el momento de tenerse a raya. Ha dejado de ser divertido. Es un bufón que jugando con el cetro se ha tomado en serio por un rey. (Shakespeare). Hitler es otra cosa. Tiene detrás un pueblo de anglosajones, con quien acabaremos por entendernos a pesar de sus Guillemos y sus Adolfos. En fin, nos estamos rearmando. Defenderemos el Estrecho de Gibraltar, pese a Franco, a Largo Caballero y a la Pasionaria (qué mujer más curiosa; no hemos tenido en Inglaterra ninguna sufragista de tanto temperamento). No conocemos más que a estos tres españoles. Desde luego son tipos humanos más de verdad que Mussolini. España es un país de paisajes y de tipos. Lástima que no se deje gobernar.

Y así continúa en el fondo hablándose de nosotros en Inglaterra. En el fondo de los artículos más serios y más de fondo.

Inglaterra y Francia, sus democracias oficiales, siguen considerando a España como un caso aparte. Aquí estriba toda su equivocación. No se fijan en que la verdad es que están haciendo ellas mismas ahora con la República española lo mismo que hicieron antes con la República ale-



mana, y antes con los liberales italianos. No ya en España se repite ahora el caso de Alemania asaltada por el nacionalsocialismo y de Italia por el fascismo, sino que las democracias de Francia y de Inglaterra están fallando igual.

También dijeron de Alemania que era un pueblo salvaje, sin sentido político, incapaz de vivir en República. Si algún estadista francés o inglés quiso dar crédito a la República alemana, su política fué sabotada en Francia o en Inglaterra. Son evidentes las faltas que cometieron los republicanos y los socialistas alemanes, como también lo son las que han cometido los españoles; pero, ¿quién puede asegurar que las democracias de Inglaterra y de Francia hicieron lo que podían haber hecho para remediarlas? Al contrario; estas democracias, utilizando el Tratado de Versalles sin generosidad ni inteligencia, arruinaron las esperanzas democráticas de los alemanes. La República alemana se asfixió en Europa, en la Europa democrática, antes que en la propia Alemania.

A los liberales y socialistas italianos se les había a su vez menospreciado por Inglaterra y Francia, se les había dejado aislados y con estigma de inferioridad frente a las clases medias de Italia empobrecidas y decepcionadas por la guerra. El fascismo fué al principio un movimiento de reacción nacional de Italia lastimada por las grandes potencias amigas. Fué un producto de la política miope de las democracias victoriosas.

Cuánto se ha echado después y cuánto se echará aún de menos en Francia y en Inglaterra a los liberales, a los republicanos, a los socialistas italianos y alemanes, a los que se dejó arrollar tan desdeñosamente.

La democracia francesa se desinteresaba de Nitti y hacía guiños a Mussolini. ¡Mussolini! Si había sido el hombre de la democracia francesa para que Italia entrara en la guerra de las democracias contra los Imperios Centrales. Siempre nos podremos entender con él—se decían para sus barbas muchos políticos franceses que ahora se dicen lo mismo pensando en Franco. No se puede afirmar que hayan acertado.

La lección que les dió el fascismo italiano no la habían querido aprender las democracias de Francia y de Inglaterra cuando surgió el ataque del nacionalsocialismo en Alemania. Hitler será la ruina del Reich—llegaron a pensar muchos políticos ingleses y franceses. Y cuan-



do el Reich se fortaleció, esos mismos políticos pensaron : «No habrá más remedio que dar a los alemanes, para que se desfoguen, alguna lejana colonia en Africa y en Asia.» Quién hubiera dicho a las democracias de Inglaterra y de Francia que la escuadra que el Reich se había sacado de un bolsillo iba a señorear en el Mediterráneo. Y que la aviación alemana iba a levantar su vuelo en el Occidente de Europa, por la espalda de Francia, sobre los humos británicos de Bilbao. La lección que les daba el nacionalsocialismo tampoco la aprendieron.

Y la realidad, maestra inevitable, les está dando en España— a costa nuestra, tenemos que decir apretando los dientes—la tercera y más evidente lección. En Italia y en Alemania el fascismo y el nazismo fueron movimientos que, aun originados por culpas de las democracias nacionales y faltas de las democracias extranjeras, tuvieron carácter propio y triunfaron. El fascismo español no tiene ni nombre y al estallar fué vencido por la República. Y son los fascismos de Alemania y de Italia los que están haciendo por el fascismo español lo que nunca hubieran osado hacer las democracias de Francia y de Inglaterra por las democracias de Italia y de Alemania. Y lo que no hubieran osado hacer ellas se lo dejan hacer a los otros. Y lo encubren.

Se consuelan. Tratan de sacar para España un régimen intermedio como el que han logrado en aquel país tapón o en aquella nación balcánica. Pero los Estados de los Balkanes y de la Europa Central giran ya fatalmente en torno al eje Berlín-Roma. Y si continúa el movimiento, hasta Checoslovaquia, el Estado en cristal de Bohemia, que un gran estadista, Benes, fabricó con la ayuda de la democracia francesa, tendrá que pedir reposo, seguridad, aunque la encierren en una vitrina y Hitler se guarde la llave.

Las grandes democracias, adalides de la política europea, han faltado a su misión, han presentado su dimisión. ¡Españoles, a defenderse !

CORPUS BARGA



## BILBAO

La evacuación de Bilbao, último hecho militar de importancia, no altera el curso regular de la guerra. Ha sido de mayor relieve, y de más gravedad amenazadora, por lo que tenía de síntoma, que la caída de Málaga, intencionadamente mal defendida. La heroica defensa de la capital de Euzkadi, retardando más tiempo del que podían suponer los aliados fascistas la toma de la ciudad, ha sido para el Gobierno del Frente Popular, aunque parezca un contrasentido, una victoria de orden internacional.

El Ejército del Norte, con una capacidad heroica, sólo conocida hasta entonces por nuestras fuerzas de los frentes de Madrid, estaba en condiciones, antes de los sucesos de Baleares y Almería, de convertir la ofensiva italiana sobre Euzkadi, en el fracaso definitivo del Ejército invasor, como lo demuestran los contraataques victoriosos realizados entonces. Pero un fracaso en Bilbao significaría para los rebeldes y sus aliados el principio de su derrota completa, pues allí habían concentrado sus mejores efectivos. Por este motivo provocaron el incidente del «Deutschland», que era, como se vió más tarde, el pretexto creado por el eje «Roma-Berlín» para retirarse del «Comité de no-intervención» por un espacio de tiempo que les permitiese intensificar la intervención en Euzkadi y garantizar la toma de Bilbao. El bombardeo de Almería no tuvo otro objetivo que el de distraer la atención y sentar, al mismo tiempo, un precedente para acciones futuras.

Al operar de este modo los fascismos alemán e italiano, contaban con la complicidad que les brindaba la timidez democrática. Pero no suponían—este fué el error fundamental—que, en torno al bombardeo de Almería, habría de crearse una atmósfera, en el obrerismo internacional, que obligase a la II Internacional a reaccionar; y más aún, a reaccionar junto con la III Internacional o, por lo menos, contando con



ella. Este hecho, que por ahora es sólo una *corriente de unidad* para ayudar a España, es suficiente para alarmar seriamente a los países intervencionistas (Alemania e Italia), porque la fuerza unida del campo obrero internacional puede cambiar, con su presión, la política de las democracias, atemorizadas por el miedo a la guerra. Principalmente la clase obrera francesa, por tener en la dirección del país el papel más importante, representa para el fascismo internacional el enemigo más peligroso, aparte de la U. R. S. S. Por eso no sería extraño que la crisis reciente del primer Gobierno de Frente Popular, provocada por el Senado, tuviese estrecha relación con la marcha de la política exterior italo-alemana. Aceptando esto, el proyecto de conquista rápida de España—rapidez impuesta a la vez por razones económicas y políticas—, estaba preparado por Hitler y Mussolini sobre tres golpes, a cuál más audaz :

a) La toma de Bilbao, reforzando para ello intensamente la intervención.

b) La caída del Gobierno francés, con la ayuda de la reacción del Senado, que arrastraría al hundimiento del Frente Popular francés y a la distracción obligada de la clase obrera francesa de la guerra en España.

c) Provocar una supuesta agresión (el «Leipzig») que justificase el tomar una medida de castigo contra «el Gobierno de Valencia», en el que intervinieran las cuatro potencias del control (Inglaterra, Francia, Alemania e Italia), elevando así a las potencias democráticas a una intervención práctica en la guerra, contra el Gobierno del Frente Popular. Intervención que al mismo tiempo inducía el aislamiento de Francia con respecto a la Unión Soviética y la legalización práctica de la Junta de Franco. Las dos cosas fracasaron al retirarse Italia-Alemania del pacto naval de los cuatro.

De los tres puntos, sólo pudieron realizar plenamente la toma de Bilbao. La crisis francesa se resolvió con un criterio de Frente Popular. Y la medida de castigo que tomarían las cuatro potencias, fracasó. Sólo queda el recurso, una vez retirado el fascismo, al parecer definitivamente, del Control naval, que tome por su cuenta y riesgo las tales medidas de castigo, cosa que, de realizarse—las seguridades dadas a Inglaterra por Ribbentrop hacen creer lo contrario—, y a pesar de su



gravedad evidente, no dejarían de ser una caricatura extremadamente reducida del primitivo proyecto. Por otra parte, ha dejado de existir como farsa más o menos práctica, el Comité de No Intervención, y vuelve a aparecer en primer plano la Sociedad de Naciones como único instrumento internacional para solucionar el problema de la intervención extranjera en España. Si la *corriente de unidad* internacional para ayudar a España cobra forma de solidaridad efectiva en las dos Internacionales obreras, la presión de éstas en la Sociedad de Naciones a través de los Gobiernos de sus respectivos países puede ser el arma que definitivamente aleje el peligro fascista en Europa, reconociendo los derechos legales del Gobierno español. Desde luego, la retirada aparatosa de Italia y Alemania del Comité de Londres crea internacionalmente la claridad suficiente para que Inglaterra y Francia adopten obligatoriamente, por la fuerza de sus clases populares, una actitud clara que decida en favor nuestro, de la democracia, la situación internacional.

L. V.

Valencia, 25 junio 1937.



# NOTAS

## LA ADHESIÓN DE LOS INTELLECTUALES A LA CAUSA POPULAR

En el número 30 de la revista «Sur» de Buenos Aires, publica Guillermo de Torre un interesante trabajo titulado *«Literatura individual frente a literatura dirigida»*, cuya introducción es la cita de una carta de André Breton, comentada ya en el número anterior de *HORA DE ESPAÑA*. Al lado de este artículo se incluye una nota del mismo Guillermo de Torre sobre Julien Benda. Ambos escritos, apoyados en abundante y escrupulosa documentación, vienen a reiterar la posición ya conocida por nosotros de su autor, que es también la de otros escritores, comentadores especialmente, liberales, que en este trance de la guerra española están al lado del pueblo y del Gobierno legítimo de la República, o al menos parecen estarlo, pero que temen, sin embargo, sobre todo por el espíritu, y creen que la adhesión de muchos intelectuales a la causa de los oprimidos producirá un descenso en la calidad de la obra de éstos, y que el propósito de integrar la creación literaria o artística dentro del mundo de amplias posibilidades que desata la revolución, lo cual no es someterla, sino encauzarla hacia un verdadero horizonte libre, es vano intento que ha de «secar las fuentes de las más eficaces corrientes sociales», como dice uno de estos críticos.

Comencemos por decir que la posición de Guillermo de Torre, pese a su errónea y tópica comparación de la ortodoxia comunista y la fascista, que hace a menudo, pese a sus temores de caer preso de algún fanatismo, nos parece leal, y le consideramos situado sinceramente a nuestro lado. En este mismo artículo que comentamos dice: «Cuando Rusia se rehabilita de muchas cosas al ayudar ella sola—frente al egoísmo y la cobardía de las naciones europeas liberales—a la España republicana, luchando con la escandalosa intromisión italo-alemana en nuestro suelo...». Vemos aquí claramente expresados su admiración y agradecimiento hacia Rusia, y también su sorpresa, pero hubiéramos deseado que nos dijese concretamente de qué cosas, según él, se rehabilita hoy Rusia. Porque si alude a lo que, precipitadamente y para evitar la discusión sobre este punto, podíamos llamar errores en la política cultural de la U. R. S. S., no comprendemos qué relación podría tener ello con su línea política bien consecuente, que desemboca hoy en la grande y generosa ayuda a España. Esta consecuencia con los hechos es lo que frecuentemente parece no observar Guillermo de Torre, obs-



tinado, como muchos otros que parecen mirar de buena fe, en no ver las realidades. Se atiende más a lo accidental y externo que a lo íntimo y verdadero, a lo inalterable que es lo que importa en la conducta de los hombres o los pueblos. Si se fíase menos de las buenas palabras, de las apariencias, de las falsedades, no le sorprendería ahora tanto ese «egoísmo y cobardía de las naciones europeas liberales», sino que vería por el contrario que esto es también algo lógico y esperado.

Guillermo de Torre ha recogido algunos textos que podrían convencerle de que la adhesión, y aun la pasión, de los más y mejores intelectuales a la causa del pueblo no supone una renuncia de éstos a sus cualidades más excelsas, sino, al contrario, un propósito de extender y purificar sus mismas cualidades, de llevarlas a un mundo vivo, a la comunidad de los hombres, compartiéndolas allí con la grandeza de los sencillos, y con la grandeza también de los hombres mejores que han de nacer. Éste es el sueño de los grandes poetas, de los grandes solitarios, que no han querido nunca la soledad, sino el amor, aunque se hayan visto forzados a la renuncia. Podría convencerse Guillermo de Torre de que esos intelectuales es ahora cuando son más ellos mismos, y que si de verdad su obra de momento ha decaído, ello poco importa.

¿Por qué no cree Guillermo de Torre en lo que ve, en lo que oye? ¿Por qué se obstina sobre todo en ver y oír sólo lo minúsculo, lo que se opone a lo verdadero, lo que hace más grande sus temores? Temores se pueden tener, todos los hemos tenido, los tenemos aún, pero teniendo también el corazón abierto a la esperanza, a la verdad, a la sangre, a la lucha que es hoy realidad en nuestra tierra. Y ayudando con nuestro esfuerzo y nuestra voluntad, con nuestro pensamiento y fe, a disipar las sombras.

Él mismo abre los ojos un momento cuando lee estas palabras de Malraux: «No basta fotografiar una gran época para que nazca una gran literatura». «El arte no es una sumisión; es una conquista. ¿Conquista de qué? De los sentimientos y de los medios para expresarlos». He ahí la opinión de una de las más prestigiosas figuras actuales del pensamiento mundial, de quien es al mismo tiempo combatiente activo al lado del pueblo español. Con estas palabras sin duda coincide Guillermo de Torre, como coincidimos todos. En ellas no podrá verse chatura ni fanatismo. Pero, ¿por qué le parece menos representativa a Guillermo de Torre esta opinión, menos influyente diríamos, que la de cualquier otro intelectual de tercera clase, más político que intelectual y más demagogo que revolucionario, que pueda sostener algo diferente? Porque si no fuera así, si no creyese más en el poder de captación de los peores, no temería tanto la caída al fanatismo y estrechez. Sólo en ciertos resentidos, malos intelectuales, que poco cuentan y menos contaran, cabe esa limitación, esa sequedad que él, como otros, prevé para la literatura y el arte dirigidos. Nosotros, por otra parte, creemos en la eficacia, en la necesidad de un arte de propaganda, y para ayudar a este arte que sirve a la lucha, a la guerra, debemos poner todos nues-



tros conocimientos y medios técnicos, lo mismo que en otro momento podemos combatir con las armas de fuego de los demás soldados, pero *nunca crearemos que este arte de propaganda, si arte puede llamársele, sea el único, el exclusivo y propio de la revolución y de los revolucionarios.*

Y no nos preocupamos tampoco de la libertad; tenemos aún más de la que precisamos. Mas en todo caso afirmamos nuestro derecho a la libertad y a la independencia de pensamiento. Estamos con Jean-Richard Bloch cuando dice: «Una sociedad comunista experimenta más vivamente que ninguna otra la necesidad de la calidad, desea más vivamente que ninguna otra el respeto de la independencia y de la altanería propias del creador». Y usted mismo cita, por otra parte, la resolución del Comité Central del Partido Comunista en el primer Congreso de escritores soviéticos (1932): «El gobierno, el partido, acuerda todos los derechos a los escritores, salvo el de escribir mal». ¿Por qué le parece a usted hoy todo esto lejano y desmentido? Todas estas palabras, y la actitud que a ellas corresponde, quedan en pie, como quedan también en pie las frases que en este mismo sentido pronunció Gide en el Congreso Internacional de Escritores en 1935, o en los discursos anteriores a su libro famoso sobre la U. R. S. S. Usted se apoya principalmente en la actitud última de Gide para dar ya por vacíos e inútiles los propósitos anteriores, sin ver que, aunque las observaciones de Gide sobre este punto de la libertad de los escritores en la U. R. S. S. fuesen completamente ciertas, cosa que por varios motivos dudamos, aunque esto fuese cierto, como el mismo Gide dice y repite, los defectos por él observados en Rusia no implican que éstos hayan de perdurar siempre y, menos, que estos mismos defectos hayan de repetirse en todos los países que pasen por el trance revolucionario que pasó Rusia. Al contrario, él cree que en otros pueblos de cultura anterior más arraigada, y donde el sentido de lo individual es ya una conquista, eso no podría repetirse.

Existe la libertad necesaria para el escritor. Sólo es preciso que éste escriba, y esperemos todos ese momento prodigioso que ha de aparecer sin duda de un nuevo Siglo de Oro, en el que el arte y la literatura tendrán una grandeza y un esplendor nunca imaginados. Hoy es más fuerte que nunca la emoción auroral que anuncia este renacimiento, ya que más grande que nunca ha de ser también la transformación económica y el reajuste de la vida social a la que ha seguido casi siempre, según nos enseña la Historia, la cristalización de un movimiento cultural largamente preparado, sin que para ello haya sido obstáculo, dicho sea de paso, la no mucha libertad de que se gozaba en otras épocas, en el siglo xvi español, pongamos por ejemplo.

Si hoy, contra la libertad del escritor en los regímenes populares, puede haber ciertos recelos provocados por los Caínes burocráticos o por razones de seguridad colectiva, no olvidemos tampoco que los principales culpables son los mismos intelectuales que, con sus clásicas traiciones, debilidades e indecisiones, han provocado esta justificada suspicacia. Usted mismo cita unas líneas, escritas



hace unos años, de Drieu la Rochelle sobre la inconformidad perpetua del escritor, pero usted mismo agrega: «aunque esas frases se vean hoy desmentidas o sin autoridad por los halagos a una política fascista que practica hace algún tiempo». ¿No le parece a usted esto muy sintomático? ¡Si las invocaciones a la libertad del espíritu, al sentido ordenador del espíritu, desde fuera; si las invocaciones a los derechos del puro espíritu fuesen siempre, en efecto, fruto de un libre pensamiento y seguidas de una pura actitud!

A lo largo de su trabajo quiere usted mantener una loable serenidad, pero ésta se quiebra cuando escribe, de pronto: «En el fondo comunistoides y fascistizantes de toda laya se dan la mano y se reconocen como hermanos gemelos en el común propósito de aniquilar o rebajar la libre expresión literaria y artística, queriendo reducirla a mera propaganda». En esta frase malhumorada es donde descubrimos que verdaderamente, como aquí se dice, a veces pierde usted los estribos y observamos que, contradiciendo su agudeza y su honradez de comentarista en otros momentos, escapa usted fácilmente hacia la vulgaridad y superficialidad de pensamiento más patentes. En *el fondo* el comunismo y el fascismo no se parecen en nada como no puede parecerse lo claro a lo oscuro. El fascismo, y se lo recuerdo, puesto que usted aquí parece olvidarlo, sólo persigue un fin: sostener a una clase privilegiada que se derrumba, sostenerla por un procedimiento exhaustivo. Esto podría parecer también un tópico, pero es una realidad que podemos comprobar con sólo ver quiénes son los que están frente a nosotros. El fascismo, que sólo tiene un fin inmediato, materialista, se viste de espiritualidad, de futuro, pero a nadie engaña, sino al que quiere ser engañado. Pese a todas las apariencias posibles, por lo que el fascismo significa, *en el fondo* se opone a la cultura. El comunismo, en cambio, se apoya en el pueblo para encauzar sus aspiraciones liberadoras. Sus objetivos, materiales primero, son luego espirituales, últimos. El fascismo aprisiona y el comunismo libera. El fin del comunismo *en el fondo*, es la cultura. Y recordar estos fines es nuestro papel de intelectuales en esta hora definitiva. Comunismo y fascismo son algo completamente antagónico. Si por las inmediatas exigencias de la época de guerra, si por incapacidad de los elementos dirigentes, o por cualquier otra dificultad, por la misma defección de los intelectuales, por ejemplo, la política cultural del comunismo, en su afán exclusivo de propaganda, se asemejase a la incapacidad de los fascistas para facilitar el desarrollo de la cultura, esta semejanza sería sólo en la superficie, algo pasajero, pero nunca afectaría *al fondo* de lo que el comunismo significa. El comunismo, más o menos tarde, irá al triunfo, a la liberación de los hombres, a la cultura; mientras que el fascismo será aniquilado y, mientras subsista, se opondrá a la cultura y escarnecerá o asesinará a los mejores representantes de ella, como los hechos nos vienen demostrando.

Quede, pues, bien claro qué es lo que para nosotros, como intelectuales, es más importante, y estamos con Julien Benda, o con usted cuando dice de él que «al manifestar las simpatías de su espíritu por ciertas formas de política lo hace



no para defender sus razones inmediatas, sino los principios superiores que la rigen». Aunque para nosotros esas *razones inmediatas* tengan una importancia primordial. ¿Que usted no quiere, con Julien Benda, que la expresión artística y literaria quede reducida a mera propaganda? ¡Ni nosotros tampoco! Desde esta misma revista venimos hace meses defendiendo lo contrario. Quizá por ello, confiando en nosotros, usted me pidió que leyese con cuidado su artículo. Creemos menos en el «arte social» que en el valor social del arte, pero no por eso hemos de llenarnos de excesivos temores porque otros ensalcen sobre todo un arte de propaganda, tosco y sin salida. Por otra parte, los intentos de «arte social» han tenido cierta importancia y han cumplido un papel histórico; si a veces ese intento fué sólo fruto de los que buscan los caminos más fáciles, otras, en cambio, fué fruto de la pasión de algunos que, frente al arte sibarítico y mezquino, anhelan fundir lo literario y artístico con lo que humanamente más nos agita en estos días dramáticos. Pero esto pasará, ya está pasando, y podemos ahora, en España, leer sobre todo poemas que, rebosantes de humanidad, de belleza, de amor por las cosas sencillas y profundas, son propios ya de esta hora, que no es la de la retórica, ni la del folletín, ni la de una fría estilización, sino la de la naturalidad honda y expresiva: la de la verdad. Encontrar un arte de calidad, no para las masas, sino para los hombres, con todas las realidades del hombre hoy día, es nuestra labor de artistas, de creadores y revolucionarios. Con el *realismo socialista* en arte estamos nosotros si entendemos la realidad no como fría apariencia, no como muerte, sino como viva fuente de apariencias y sugerencias. Sólo vale la pasión que el artista aplica a la realidad del mundo, considerado éste con todo su peso y rica fantasía.

Tenemos fe en nosotros mismos, en los hombres, en la revolución, y no tememos perder nuestro tesoro al ponerlo en juego con las realidades de esta lucha gigantesca. Por eso tomamos partido y nos ponemos del lado de la verdad y la justicia, y nos sentimos así engrandecidos y libres. Y esta podría ser una respuesta a las líneas de André Breton que usted reproduce en su escrito.

Tomamos partido porque no queremos que lo que está pasando en España pase ante nuestros ojos indiferentes o lejanos. Porque creemos en la verdad *objetiva* de esta idea, que es hoy la del pueblo español, la de todo el pueblo libre, y también la idea de esa parte de españoles prisioneros, prisioneros de sus verdugos o de su propia mezquindad o error. Pero nuestra actitud de apoyo a la causa del pueblo ha de ser constante, de una línea clara y responsable; apoyo desde dentro y sin remilgos. Y si nos consumimos en esta entrega bien vale ello la pena por la grandeza del motivo. Pero luego hay una razón *subjetiva* para esta adhesión que tanto indigna a muchos; es una razón propia, tal vez, sólo de los jóvenes españoles. Y es que nos consideramos carne y sangre de la revolución. Nacimos con ella, nuestras ilusiones fueron creciendo y perfilándose o borrándose con la marcha de los acontecimientos políticos. Ahora hemos sido llamados por muchas voces y nos hemos reconocido. Entregarnos a la revolución es



entregarnos a nosotros mismos, a lo más íntimo y mejor de nosotros mismos. Usted, que aplaude a Julien Benda por la alta independencia de su espíritu, le reprocha, sin embargo, su estatismo, su clasicismo, que le hace ciego para las inquietudes de la busca, de lo imprevisto. Sin que ese su sentido conservador en arte le haya impedido hacer una declaración, que ahora acabo de leer en los periódicos, de franca simpatía hacia el pueblo español. Pero usted, al decir que con opiniones como las de Benda quedaríamos siempre estancados, citando algunas líneas suyas, piensa sin duda en el arte *nuevo*, por cuyo porvenir teme. La severidad de ciertos críticos y la deserción de ciertos surrealistas, han puesto en trance de olvido al famoso arte *nuevo* de hace muy pocos años. Usted, tal vez no quiere ver que esa *nueva* literatura, que ha sido siempre su obsesión, era algo tan gastado, tan viejo en casi todo, que tenía que acabar así: transformándose en algo más sano, suicidándose a fuerza de excesos hasta acabar en nada, en un recuerdo, como lo será pronto la sociedad deshecha de la cual salió. No desconocemos, sin embargo, el valor que este arte tuvo para depurar el arte de anacronismo, y qué valor de ejemplaridad tuvieron sus audaces propugnadores; no queremos ser ingratos, pero lo que estos movimientos tuvieron que dar, que fué mucho, ya lo dieron. El surrealismo, el más importante quizá entre todos ellos, y el último también, tenía un desemboque natural en el comunismo, como ya traté de demostrar otra vez. El insistente afán de novedad acaba en snobismo y vaciedad, en anacronismo de nuevo.

A nosotros no nos interesa la renovación literaria, sino la renovación total de la sociedad, el enderezamiento del hombre hacia su último destino. En esto nos diferenciamos los jóvenes que hoy estamos más directamente al lado de la revolución, de ustedes, los de la generación anterior: en que no estamos aislados, en que tenemos una juventud en las trincheras, que late con nosotros, como nosotros, que somos nosotros mismos. Y no nos interesa la literatura por la literatura ni el arte por el arte, porque para nosotros arte o literatura es verdad, poesía, drama y no juego; es hombre, libertad. Si alguna duda teníamos, ahora la hemos fundido con la mejor esperanza que guardábamos en nosotros. Y ahora nuestros ojos, abiertos y limpios para el asombro, son los mismos de antes, purificados. Somos los mismos, somos mejores; no hemos decaído, no hemos renunciado a nada, sino que, al contrario, nos engrandecemos. A mirar así, con limpieza y con asombro, le invitamos, seguros de que entonces podrá ahuyentar de su lado esos fantasmas o fantoches que le acechan, para dejar paso a la fe y a la alegría que, sin duda, en usted, como en nosotros, vive escondida.

ANTONIO SANCHEZ BARBUDO.



## « MADRID »

## CUADERNOS DE LA CASA DE LA CULTURA

En el segundo de estos cuadernos, aparte de importantes ensayos sobre diferentes especialidades científicas, como es el trabajo firmado por A. Duperier y J. M. Vidal, el de Gonzalo R. Lafora, el de Antonio Madinaveitia o el de José Giral, que son para mí, naturalmente, terreno imposible, aunque en el del doctor Lafora, por ejemplo, nos guste encontrar datos tan sugestivos —sobre todo para un novelista— como los registrados en «Ereutofobia o temor de ruborizarse (El sentimiento de la vergüenza)»; aparte, digo, de estos ensayos, y de otros, aunque más asequibles, también firmados por especialistas reconocidos sin disputa, como son los de Antonio Zozaya, T. Navarro Tomás y Ricardo de Orueta, hay en este segundo cuaderno, muy ampliado de colaboradores, trabajos de Manuel Azaña, Solana, Pedro Sanjuán, Bergamín, Emilio Prados, Souto, Arteta, Juan José Domenchina, José María Ots, Angel Ossorio y Gallardo, Juan de la Encina y algún otro.

Páginas magníficas las del autor de «El jardín de los frailes», y como las de aquel libro, páginas de espesura, de apretado castellano, de limpio decir. En las que me atrevo a señalar un algo de proustiano—aunque con espíritu y técnica muy diferentes—, o más que de proustiano, de proustianas situaciones, como ese momento en que Hipólito, de retorno ya en su casa, tropieza con la inexpresividad de las cosas, y ha de ir tocándolas con los dedos, porque en su ausencia perdió esa facultad de poseerlas y entenderlas «al refilón de una ojeada», mientras «siente nostalgia del tiempo que no ha vivido allí, ya sin remedio, como si no hubiese vivido en parte alguna». Pero todo esto en español, quiero decir con un tono más grave que en Proust, más descarnado, más *liso* diría yo, en mi manía de emplear palabras *inexactas*, buscando en ellas la expresión más hondamente fiel de lo que quiero mostrar.

Arteta, de quien hemos visto los días últimos un cartel serio y muy bien trazado, publica algunas litografías en las que se adivina el gran dibujante que puede ser si consiguiera un abandono, un olvido, una mayor despreocupación de lo que es *propriamente dibujar* y un empeño más vivo en lo que es decir, decirnos cosas intensas.

El compositor Pedro Sanjuán escribe «Algo sobre el mensaje en la música», muy finamente, pero gustándonos más el fluir, el transcurrir, casi podría decirse la *musicalidad* del ensayo, que es lo que en el ensayo se quiere demostrar, y no



porque no estemos conformes con lo que puede llamarse su *idea*, sino por creer que esa idea no ha sido atrapada totalmente.

El poeta Emilio Prados da uno de sus mejores poemas, de donde quiero arrancar este verso ternísimo :

*«con los tristes harapos de los niños profundos»,*

y también los siguientes, llenos de las mejores conquistas del surrealismo, pero saneados ya de aquella estridente *posse* :

*«los que al combate entraron desnudo todo el pecho  
y ahora los cruza el aire como a viejos castillos».*

De Arturo Souto se reproducen, en negro, tres fuertes litografías, plenas, vibrantes, casi con color ya, casi sonoras, casi *sonando*, de tan vivas

Angel Ossorio y Gallardo da lo que llama «Tres evocaciones de Madrid», escritas con su buena manera de siempre.

Bergamín, aquí sí, con su escribir más propio, nos habla de Rousseau en un ensayo inteligente y fino.

Juan de la Encina habla de Souto, y, aparte de que lo vea muy distinto de como nosotros le vemos, resultan algo chocantes las primeras palabras del artículo, en donde declara su extrañeza de que este gustoso pintor, a pesar de la guerra y de la angustia nacional, no haya perdido la «vocación» de su arte. Cuando trazaba Juan de la Encina esas líneas, olvidaba, seguramente, que la vocación artística no puede perderse en una guerra y en una angustia. Un artista puede ahora dejar materialmente de trabajar porque se lo impida, *materialmente*, el momento, pero eso no es, de ningún modo —si antes fué vocación muy honda—, la pérdida de su antigua vocación. Porque la vocación no se gana ni se pierde.

Y, por último, Solana. Dijimos : «Cuando *comprendamos* que los muertos están muertos y que las ruinas son ruinas, Solana empezará a pintar este derrumbamiento y esta tristeza, pero sólo entonces.»

El mundo de sus lienzos necesita ser tan antiguo, tan pasado, que parece como si las prostitutas, los farmacéuticos, las coristas, las destrozadas y las toreras que lo pueblan no hubieran sido contempladas directamente por el propio pintor, sino más bien por su abuelo, y que llegaran a Solana por el oculto camino de la sangre. Y al ser personajes nacidos, brotados de él y no vistos por él, es por lo que tienen todos tanta y tanta raíz, tanto y tanto espesor, tanta y tanta historia. Podría decirse que Solana es un gran sonámbulo o un médium, aunque esto no fuese decir mucho, ya que todo artista no es, posiblemente, otra cosa. Pero él lo es más, es más sonámbulo que nadie y más médium que nadie. Y así, llegándole la vida como una herencia, es como ha vivido—quiero decir como ha pintado— Solana. Pero, de pronto, algo sucede, algo está sucediendo en España que no se puede desoir, que nadie puede desoir. Y Solana lo percibe. Sin



embargo, él, gran sabio de sí mismo, supo esperar lo que necesitaba esperar. No ha trabajado hasta hace muy poco. Necesitaba hundir el presente en ese como caldo del pasado para poderlo admitir en su mundo. Por eso sus litografías últimas, aún reproduciendo temas nuestros y de ahora, parecen venir de otras revoluciones, de otras guerras—a mí me recuerdan, mitad y mitad, el «92» francés y Cuba—, y no por eso dejan de ser actuales, ya que todo lo representado en ellas puede ir reconociéndose en nuestro vivir y nuestro morir de hoy. Pero es que Solana ha ido buscándole y cogiéndole a las horas presentes lo que éstas tienen de *antes* y de *después*, o sea, lo que tienen de eternal, de fijo. Alguien podría decirme: Pero, si lo que hay que recoger en arte es tan sólo aquello que pueda ser *de siempre*, ¿en qué ha de diferenciarse una obra surgida hoy a una obra surgida ayer o mañana? Y yo contestaría en seguida: No son los artistas quienes han de sellar su creación con el color del instante o la época en que les ha brotado; sino la época y el instante mismo quienes tienen encomendada esta labor; son la época y el instante los que tiñen, se deslizan, penetran y se imponen en la obra fatalmente. Pensar otra cosa sería parecernos a esos pintores o poetas que viven muy seriamente preocupados y torturados por el empeño de ser, de resultar *modernos*, sin comprender que *no podremos evitar* nunca que todo cuanto nos brote *de verdad* en las manos sea... moderno necesariamente.

Por eso resulta siempre más nuevo, más actual, Solana que Braque o Chirico, ya que si «clásico» es «vivo» —como ha dicho Juan Ramón—, *moderno* no es más que *vivo* también.

RAMON GAYA

#### PROHIBIDA LA REPRODUCCION DE ORIGINALES SIN CONSIGNAR SU PROCEDENCIA

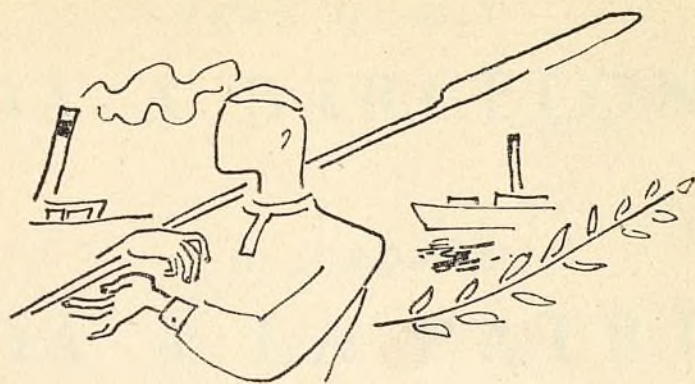
---

SUMARIO: El II Congreso Internacional de Escritores. *Antonio Machado*: Habla Juan de Mairena a sus alumnos. *Rosa Chacel*: Carta a José Bergamín sobre Anarquía y Cristianismo. *Arturo Serrano Pla*: A diestra y siniestra. *Vicente Aleixandre*: Federico. *Vicente Huidobro*: Pasionaria (poema). *Emilio Prados*: Estancia en la muerte con Federico García Lorca (poema). *Lorenzo Varela*: Palabras en el fuego (poemas). *María Zambrano*: Españoles fuera de España (testimonio). *Corpus Barga*: La dimisión de las democracias. L. V.: Bilbao. *Antonio Sánchez Barbudo*: La adhesión de los intelectuales a la causa popular. *Ramón Gaya*: «Madrid». *Pere Quart*: Oda a Barcelona. *C. A. Jordana*: Oda a la Pàtria

---

V I S A D O P O R L A C E N S U R A





# HORA DE ESPAÑA

*REVISTA MENSUAL*

AVDA. PABLO IGLESIAS, 12 — VALENCIA — TELÉF. 16062

## CONSEJO DE COLABORACIÓN

LEÓN FELIPE. JOSÉ MORENO  
VILLA. ANGEL FERRANT. ANTO-  
NIO MACHADO. JOSÉ BERGA-  
MÍN. T. NAVARRO TOMÁS. RA-  
FAEL ALBERTI. JOSÉ F. MON-  
TESINOS. ALBERTO. RODOLFO  
HALFTER. JOSÉ GAOS. DÁ-  
MASO ALONSO. LUIS LACASA.

REDACCIÓN: M. ALTOLAGUIRRE. RAFAEL DIESTE.  
A. SÁNCHEZ BARBUDO. J. GIL-ALBERT. RAMÓN GAYA.  
MARÍA ZAMBRANO. A. SERRANO PLAJA. ANGEL GAOS.

SECRETARIO: *ANTONIO SANCHEZ BARBUDÓ*

SUSCRIPCIÓN ANUAL EN ESPAÑA Y AMÉRICA, 12 PTAS.  
SUSCRIPCIÓN ANUAL EN OTROS PAISES, 18 PESETAS

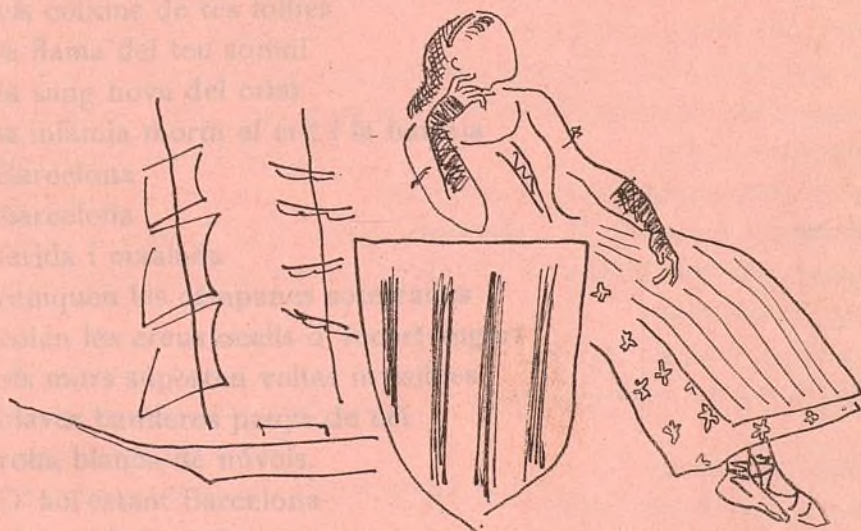


PERE QUART

# ODA A BARCELONA

C. A. JORDANA

# ODA A LA PATRIA



BARCELONA

1937



## Oda a Barcelona

Milers de finestres i cors  
t'esguarden com bulls i et regires.  
La nit gran s' atarda  
els coixins de tes follies  
la flama del teu somni  
la sang nova del crim  
la infàmia morta el crit i la barreja  
Barcelona  
Barcelona  
ferida i eixalada  
repiquen les campanes soterrades  
volen les creus ocells d' incert auguri  
els murs suporten voltes invisibles  
blaves banderes panys de cel  
roba blanca de núvols.  
D' ací estant Barcelona  
el tumult és ordre.  
L' or pàl·lid ni respira  
bressen els asfaltats  
deliris de les rodes inflades de tempesta  
veles terreres i envilides.  
Barcelona  
els teus fills no t' acaben d' entendre



vident frenética matalás d'esperes  
 escabellada ronca  
 perds la vergonya i la senyera  
 Barcelona  
 però et guanyes la Vida  
 amb mans immenses distribuïdores  
 de bufetades immenses.

Cantes encara  
 i et pentines un xich am les estelles  
 y maquilles tes nafres en el caliu de pólvora  
 però fills teus et deserten  
 els que aviciaries i estimares massa  
 enguantats clenxinats  
 patriotes ha ha  
 no et reconeixen sense el teu posat  
 de monja llamenca. Et maleeixen  
 quant ja no ets polida  
 injusta abstreta  
 en el joc brut de riquesa  
 dels favorits i les bagasses.

Barcelona cantes  
 una cançó desentonada  
 eixordadora  
 despertes els altres que ja arriben  
 davallen s'apleguen després pugen  
 com un torrent contracorrent.  
 Rambles amunt Passeig de Gràcia amunt  
 xiulen flastomen s'empentegen  
 ullen estades senyorials



persianes porugues barrots tremoladissos  
 portes que es cloen subreptíciament.  
 Riuen els homes del carrer  
 i es destrien en escamots  
 que es fondren portes  
 comminen ascensors que s' afanyin  
 amenacen panys dobles  
 amb un escopinada ceguen la boca dels senyals d' alarma.  
 Els passadissos llagoters s' escurcen  
 però les sales-rebedor malreben  
 i les catifes comuniquen  
 flonges potestes a les espartenyas  
 els balcons s' esbatanen  
 i entren alenades goludes  
 de carrer sang bruel pedres desvetllades  
 a cops d' ungla furiosa.  
 Fuetaja el serpent  
 fibla la llum el llarg llampec vermell  
 «Estatge incautat per les Joventuts Revolucionaries».

Barcelona

ostentes el barri aristocràtic  
 amb roba proletària.  
 Somriu amb seny i impaciència  
 i una febre perillosa  
 la gent nova y jove  
 i amb un capritx fill de l' antiga enveja  
 que finalment caldrà que ofegui.  
 Sofrí tant i no pas fam i nuesa  
 l' exaltació xarona de la injustícia



la vanitat erecta  
 l' atzar estult l' oprobi de la beutat pristina  
 la pau de l' ànima  
 bescanviada per monedes i voluntad esclava.  
 El treball prostituïnt-se  
 en les cambres secretes del negoci  
 enllefiscant-se en les llacors  
 del luxe.

Els crisantems i els clavells  
 de les floristes mamelludes  
 enyoren la mel i la migranya  
 i no marcir-se en pitxers verinosos.  
 La Venus de Clarà a la gatzoneta  
 no ha perdut ni un cabell  
 però ara te una taca sobre l' anca esquerra.  
 Els coloms volen i peonen  
 com espectres preciosos d' un día mort  
 quan plovia lluna damunt paraigües  
 alzinetes d' argent i baladres nafrats  
 entre besars i mans nuades  
 per pactes de desig i juvenesa extrema.  
 Tanmateix Barcelona  
 la mar no er deixa i et gombolda.  
 Allitarás tos sofriments  
 en faldes suaus i tombes provisòries  
 on operen amb punya  
 les forces de la resurrecció.  
 Al cap d' anyades t' arribarà l' eco  
 sospirs gemecs renecs esclats



sanglots udols xiscles esclats  
 i ja tindràs l' himne triomfal  
 sota la bandera de la quádruple flama.  
 Girona  
 Lleida  
 Tarragona  
 BARCELONA  
 les comarques  
 gerdes eixutes alteroses planes.  
 Màquines i collites  
 tiges en estol  
 bestiar i aigües submises  
 Barcelona.  
 Seràs si vols la capital altiva  
 de la petita Rússia d' Occident  
 U ERRA ESSA HAC  
 «Unió de Repúbliques Socialistes Hispàniques».

Barcelona contempla 't  
 Barcelona no cantis  
 Barcelona auscult  
 aquest cor teu que s' escarrasa a batre.  
 Plora cada día  
 quan el món comença una latra volta a ulls clucs.  
 Poc a poc  
 no et distreguis  
 amb les fulles que el vent requisa als arbres.

Treballa reposa.



Malfia 't de la història.

Inventa 'n una.

Vigila el mar vigila la muntanya

pensa en el fill que portes a l' entranya.

PERE QUART

Barcelona, agost 1936.



## *Oda a la Pàtria*

Més que no cap corrua  
d' inicials estimo  
el teu nom, Catalunya, que d' antigues  
glòries te el regust  
i el gust de la sang d' ara,  
que t' esquitxa i t' amara  
en la tempesta del teu fat august.  
Nou lletres te el teu nom,  
nou ben travades fites,  
nou lletres saboroses per on corren,  
al llarg del temps revolt,  
ressons de gesta noble  
en el camí del sol,  
des d' Aragó fins a Constantinoble.  
Per on corre la sang  
roja d' aquest moment,  
mentre la vida se t' està escolant  
i es refà més potent  
dins l' ona furiosa,  
en la mar embravida  
on bull l' angoixa de la teva gent.  
Oh nedadora, hi alces  
el braç, mentre la testa  
sap envestir el furor de les onades;



i el furor migparteixes,  
 mentre amb el braç colpeixes,  
 i així llisca l'avenç  
 per l'amargor que el teu coratge venç.  
 El cap baix, el braç alt,  
 el respir compassat.  
 L'ona llisca, impotent, sobre el cos àgil.  
 La força esdevé fràgil  
 per l'esforç ben ritmat.  
 Pro el perill no s'alleuja:  
 cada braçada ha de refer el combat!  
 La salabror t'assetja  
 la boca i els narius,  
 i els riscos llencen llurs tentacles vius  
 a frustrar el pensament  
 que et guia en la fatiga  
 i fa la lluita antiga  
 amb l'esperança dels futurs esquius.  
 La masia quieta  
 capta una llum d'estel  
 i els grills teixeixen tot entorn el vel  
 de llur cant pertinaç,  
 fent passar pel sedàs  
 el rauc d'una granota  
 i l'alegre lladruc del ca fidel.  
 La suor del migjorn  
 el rajolí compensa  
 que sanglota a la pica, mentre el vent  
 sospira entre les canyes.  
 Tot esdevé clement.  
 Tot és teu si t'afanyes:



el pa surt de la terra dòcilment.  
 Arbitri pur, combat  
 joiós: els cims, els cims!  
 Cim ventejat: el vestit pren la posa  
 d'estrènia victòria.  
 Tot l'impuls de la glòria  
 concentrarà qui gosa  
 resistir ferm en l'aire el gran embat!  
 Més encara el destí:  
 el país trepidant  
 rutlla precis, els engranatges van  
 ajustats a llur fi,  
 el pistó pasa fi  
 i la sirena xiula  
 marcant el ritme del treball constant.  
 La pau harmoniosa,  
 que rebla rica i plena  
 el xilofon dels martells de combat,  
 l'encís meravellat,  
 flairós de roba neta,  
 estergeix al mirall  
 per on llisca la força del treball.  
 Tot l'ambient trepida  
 de l'impuls creador.  
 La fretura és vençuda pel desig.  
 En l'aire net ressona  
 l'acord del gran trepig,  
 sòcol dels forts anhels  
 que es drecen lliures com els gratacels.  
 Però dins l'ona encara  
 et trobes, nedadora!



El rem que empunyes no és una fitora,  
 sinó el pal de l'ajut;  
 i el vent que et xiula a sobre  
 és el bruel hostil  
 d'un grop que porta una ombra traïdora.  
 Pro tu no et dones, lluites,  
 lluites encara, ardida!  
 És l'angoixa el camí de nova vida.  
 Giraràs la dissort?  
 Ritma braç! Talla bé,  
 tisora de les cames!  
 Una pau militant serà l'esquer.  
 Oh pàtria gentil,  
 i forta, forta, forta!  
 En la tèrbola lluita on et debats,  
 dos reflectors potents,  
 els ulls àvids del món,  
 fan sorgir del pregon  
 l'esplendor de les altes llibertats.  
 De tu depèn—em sents?  
 em sents?, m'escoltes ara?—  
 de tu depèn que aquesta raça avara,  
 miserable dels homes,  
 vençuda, esperançada,  
 pugui sentir a la cara  
 com un bes o un revés la gran ventada.  
 Eximpli anguniós  
 que Llull no somiava!  
 Tu pots fer-ho, tu, màrtir de la història!  
 Tota la teva glòria  
 és assentar en l'angoixa



fonaments de triomf,  
 fer un impuls resplendent d' una cabòria.  
 Crec en tu, Catalunya,  
 en la pau i en la guerra;  
 quan et temen altiva, quan t' aterra  
 la dissort enemiga;  
 quan alces, bell Anteu,  
 la força de la terra;  
 quan et trepitgen com una desferra.  
 Oh gran suscitadora  
 d' afectes i rancors!  
 Un exèrcit de punys forts et saluda,  
 aspre senyal joiós  
 del combat i l' ajut,  
 mentre el fel rancorós  
 de l' adversari en més amarg es muda.  
 Tens un encís subtil  
 —misteri de la força—  
 que fereix l' enemic rera l' escut.  
 Consentida la ràbia  
 ressona al crit hostil,  
 i el furgar del respecte  
 —oh corc tenaç!—ja té el desdeny vençut.  
 No pots pas defallir:  
 crearàs el destí  
 colpint contra corrent del teu destret.  
 Cada atac fa més fi  
 l' esperit, immortal  
 impuls proteiforme,  
 que dels fons de l' angoixa t' ha refet.  
 Els enemics et sotgen



tots botits de metralla.  
 Pertot arreu t'assetgen amb les manyes  
 dels vells romans i dels  
 rossos teutons novells.  
 I una horda de mesells  
 vol criar-se 't com cucs a les entranyes.  
 Tant se vall Una essència  
 que s'esmuny pels teus membres  
 i en una ànima dura se 't congria  
 pot refer cada día  
 l'os que et torç l'enemic  
 i l'esquinç de la pell  
 per l'espasa que al cor se 't clavaría.  
 L'eixutor de Ponent  
 —urc i feresa, glavi  
 esmolat per les sorres africanes—  
 no sap esquerdar el teu  
 esperit. Ja la saba  
 més ardents ha vençut  
 corsecaments de foguerades vanes.  
 Esperit, esperit  
 subtil en cos armat,  
 dreça el braó i empua l'esquerpesa  
 que s'espolsa el pugó!  
 Ja has cavalcats les mars.  
 Ara sigui l'empresa  
 d'ofegar una tempesta amb l'escomesa!  
 Oh nedadora, tives  
 els nervis sota l'on!  
 La gran ventada et nodreix el respir!  
 Impera el teu albir.



Les roques del naufragi  
se 't tornen fortalesa  
per afermar-te el pas en el presagi.  
Veig que deixes un rastre  
—oh l' auguri, l' auguril—  
de llum colpida en salabor d' onades.  
Zeus arriba a la platja  
portant Europa lliure.  
Tot el mar regalima  
pels flancs potents de nacions renades.  
Oh mare meva, nova  
pàtria d' homes lliures!  
Rera la terbolesa del moment,  
ressona un brill ardent  
que el cruel dubte allunya,  
i exulta la divisa  
crepitant del teu nom, oh Catalunya!

C. A. JORDANA.



1 peseta.

Ayuntamiento de Madrid